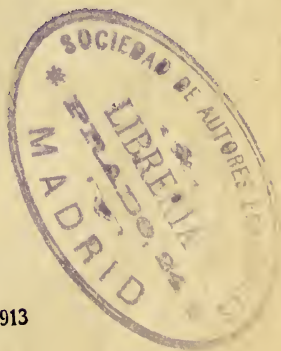


6492
GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

MADRIGAL

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original



Copyright, by G. Martínez Sierra, 1913

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1913

MADRID

MADRIGAL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRIGAL

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 6 de Mayo
de 1913.



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA. 11 DUP.º

Teléfono número 551

—
1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ANA MARÍA.....	Catalina Bárcena.
DOÑA MARGARITA.....	Leocadia Alba.
CARMELINA.....	Mercedes Pardo.
MANUELA.....	Virginia Alverá.
ALDEANA.....	Eugenia Illescas.
AGUSTÍN.....	Luis Manrique.
FRANCISCO.....	Ricardo Vargas.
JUAN.....	Salvador Mora.
PEDRO.....	José Isbert.



ACTO PRIMERO

Salón de piso bajo en el palacio de doña Margarita de Aldana. Grandes ventanales abren al fondo sobre un gran jardín admirablemente cuidado. Al fondo la sierra de Guadarrama. A la derecha gran chimenea de campana, en la cual, aunque es primavera y el jardín está lleno de flores, hay lumbre encendida. A un lado de la chimenea, puerta que comunica con las habitaciones interiores. A la izquierda puerta por la cual se va á otras habitaciones y á la calle. El salón está lujosamente amueblado con grandes y cómodos sillones de cuero y seda de estilo inglés moderno y antiguo español. Una mesita delante de la chimenea y otra cerca del ventanal. Piano. Tapices en las puertas. Cuadros y platos de vieja porcelana morisca en las paredes. En la chimenea calderito de cobre dorado. Como lámparas, que han de encenderse al fin del acto, velones antiguos en los cuales se ha instalado la luz eléctrica. Por toda la habitación, en el suelo, en los ventanales, sobre las mesas, junto á la chimenea, profusión de magníficas macetas floridas; azaleas, margaritas dobles, lilas tempranas. En las mesitas, libros, y en el piano, libros y papeles de música. Es preciso que la decoración dé idea, á pesar de su extraordinario lujo, de habitación en la cual se vive á diario, y con absoluta sencillez y comodidad, porque los dueños de la casa están acostumbrados á manejar familiarmente todas las cosas caras y artísticas que sirven de marco á sus vidas.

(Al levantarse el telón DOÑA MARGARITA sentada en un sillón junto á la chimenea, que estará encendida, escucha con atención á PEDRO que toca al piano una sonata de Beethoven.

Doña Margarita es una señora de ochenta y cuatro años; está medio ciega y se mueve con dificultad

siempre apoyada en un bastoncito y ayudada por alguien, pero conserva á pesar de todo vivacidad de genio y carácter burlón y amigo de hacerse ilusiones.

Pedro es hombre de setenta y cinco años, pulcramente vestido de negro, pero modestísimamente. Es organista de la parroquia y devoto servidor de doña Margarita, quien en su mocedad quiso pagarle la carrera de cura, que él ahoreó por amor á unos ojos negros. Aun le queda, sin embargo, en acento y modales el indeleble sello de cuatro años pasados en el seminario, y es extraordinariamente timorato y devoto.)

MARG. (Cuando Pedro termina de tocar.) Gracias, Pedro.

PEDRO (Sin levantarse del piano.) ¿Quiere la señora que toque otra cosa?

MARG. No, no; basta de música: estoy muy impaciente. Manuela, ¿qué hora es?

PEDRO Las seis, señora. Manuela no está aquí.

MARG. Llámala.

PEDRO Sí, señora. (Acercándose á la puerta.) ¡Manuela! (Entra MANUELA: es una criada vieja también pulcramente vestida de negro, y también harto viva de genio.)

MAN. ¿Qué manda la señora?

MARG. ¿Está todo dispuesto?

MAN. Todo, señora: desde esta mañana.

MARG. ¿Las habitaciones bien limpias?

MAN. (Un poco ofendida.) Las he arreglado yo, señora.

MARG. ¿La cama hecha? Porque puede que venga cansado, y se quiera acostar en seguida.

¿Habeis puesto flores?

MAN. La señorita Ana María se ha ocupado de eso: sí, señora, muchísimas.

MARG. ¿Todavía no ha vuelto?

MAN. ¿La señorita? No, señora; ya sabe la señora que está en el pueblo, pero no puede tardar.

PEDRO ¿Quiere la señora que vaya yo á buscarla?

MARG. ¡No, no! Tú tienes que bajar con el coche á la estación. ¿A qué hora llega el tren?

A las siete, señora.

PEDRO ¿Han enganchado ya?

MARG. No, señora, si aún no son las seis.

MAN. ¿Las seis, las seis! ¡A ver si se pasa la hora y

cuando llegue á la estación se encuentra solo!

MAN. Descuide la señora. Ramón tiene ya orden de enganchar.

MARG. Con qué calma tomáis vosotros las cosas. ¡Que enganche ahora mismo!

MAN. Como la señora disponga.
(Sale Manuela.)

MARG. No sé qué ocurrencia le ha dado á Ana María de marcharse hoy al pueblo.

PEDRO Como es domingo, ha ido á la escuela dominical, como siempre.

MARG. Hoy no es como siempre. Estará bien que llegue Agustín y no la encuentre en casa. Asómate á la puerta á ver si vuelve.

PEDRO Sí, señora. (Se dirige á la puerta de la izquierda.)

MARG. Espera, voy contigo. (Pedro se acerca á dar el brazo á la señora, que se levanta del sillón.) Saldremos por el jardín y con eso doy yo una vuelta por el pabellón, á ver si está todo como Dios manda, porque de Manuela no me fio: ya está chocha, y no sabe lo que se pesca. Vamos allá. (Apoyándose en el brazo de Pedro.) Ten cuidado que hay un escalón, y á ver si tropiezas, porque tú también tienes ya tus años, y bien que se te notan.

PEDRO Sí, señora, sí.

(Salen.)

(Pasado un momento, entran por la puerta de la izquierda, ANA MARÍA y FRANCISCO. Ana María tiene veintitrés años y es muy bonita. Viene sencilla pero elegantemente vestida con un traje como para estar en el campo, de batista, de piqué ó de seda cruda y trae puesto un sombrero de paja de forma pamela adornado con un gran ramo de rosas frescas. Al entrar en la habitación se quita el sombrero. Francisco que viene detrás de ella es un muchacho también muy elegante de veinticinco años, un poco pálido, muy bien peinado pero con el pelo un poco—muy poco—largo, muy cuidado en toda su persona, vestido también de claro y también con sombrero de paja, que trae en una mano: en la otra un gran ramo de madreselvas. Durante toda la escena Ana María habla con alegría y burla y él con un poco de romanticismo y exaltación, pero sin que ninguno de los dos exageren. Ante todo y sobre todo, sencillez y buen gusto.)

- ANA M. (Entrando la primera y quitándose el sombrero.) Bueno, hombre, bueno, cálese usted.
- FRAN. (Entrando detrás de ella.) No quiero callarme.
- ANA M. Muy bonito. ¿Qué gusto saca usted en amargarme el día?
- FRAN. ¿No me amarga usted á mí la vida entera?
- ANA M. (Riéndose.) ¡Bah!
- FRAN. Sí, señora, sí, toda la vida, aunque usted no lo crea ó finja no creerlo, porque así son ustedes las mujeres: cuando les remuerde á ustedes la conciencia por haber vuelto loco á un hombre, hacen ustedes como que no se enteran, y con eso suprimen ustedes el remordimiento.
- ANA M. ¿Yo he vuelto loco á alguien?
- FRAN. ¡Sí, señora, sí, usted!
- ANA M. Todo sea por Dios. ¡Cuanto lo sientol
- FRAN. Es prodigiosa la naturalidad con que las mujeres inteligentes...
- ANA M. Gracias...
- FRAN. (Que no se ha detenido por la interrupción de ella.) ... aceptan ustedes el hecho de que un hombre sea desdichado por su culpa.
- ANA M. Por su causa. (Recalcando.)
- FRAN. ¿Qué más da?
- ANA M. ¡Ay, señor poeta, es muy distinto! Ya sabe usted que el único valor moral de los actos humanos está en la responsabilidad: si una mujer supone que un hombre es desdichado sólo por su causa, no tiene por qué echarse nada en cara. Ahora, si es por su culpa como usted dice, ya el remordimiento está en su lugar.
- FRAN. Mucho le importa á usted librarse del peso de esa responsabilidad.
- ANA M. (Riéndose.) A mí no. Hablo en general y por puro amor á la justicia.
- FRAN. Es que... podríamos particularizar un poco.
- ANA M. ¿Usted está en ese caso? (Dice esto poniéndose muy seria.)
- FRAN. (Con emoción.) Suponga usted que sí.
- ANA M. (Con frialdad.) Por supuesto, y hablemos de otra cosa. (Pausa ligera.)
- FRAN. (Como quien pide perdón.) Pero no se ponga usted seria.
- ANA M. (Sonriendo como quien perdona.) Traiga usted

esas madreselvas, que las voy á poner en agua.

FRAN. No, señora. (Ella le mira con un poco de asombro.) Estas madreselvas me las llevo yo á mi casita.

ANA M. ¿Por qué?

FRAN. Porque es como llevármela á usted en cuerpo y alma.

ANA M. ¿Eh?

FRAN. Sí, señora: ha de saber usted que estas flores son su imagen de usted, su símbolo, su esencia, sí, señora. Cada mujer es indudablemente como una flor. ¿No hay rubias que parecen azucenas y morenas que huelen á clavo más que los claveles? Y ¿quien no sueña oliendo violetas que un amor de mujer se está acercando!

ANA M. No está mal eso.

FRAN. Pues todavía está muchísimo mejor en unos versos que tendré el honor de leerle á usted cualquier tarde de estas, es decir, si usted, ahora que va usted á estar tan bien acompañada, se digna usted oírlos.

ANA M. Con muchísimo gusto, ya lo creo. Pero entre tanto deme usted las madreselvas. ¡Si que son bonitas! ¡Más tengo yo cogidas de chiquilla á la orilla del río entre las peñas!...

FRAN. (Con un poco de mala idea.) ¿Con su primo de usted?

ANA M. (Con seriedad y sencillez.) Con él y sola. No puede usted figurarse lo que son estas flores para mí. (Hunde la cara entre las flores.) Huelen á toda la alegría de mi vida, á mi niñez, á primera juventud... á mi...

FRAN. A su amor de usted.

ANA M. A mi amor, es verdad, ¿por qué voy á negarlo?

(Pausa. Francisco pasea de un lado para otro, mientras ella arregla las flores en un cacharro.)

FRAN. Ana María, ¿por qué quiere usted tanto á ese don Agustín de Aldana, que tiene la inoportunidad de llegar esta tarde?

ANA M. (Riéndose.) Toma, porque es mi novio.

FRAN. Novio, novio. No diga usted mi novio: esa es una palabra aborrecible. ¡Mi novio!

ANA M. ¿Quiere usted que diga mi prometido esposo?

- FRAN. ¡Ana María, ya que no me quiera usted á mí, no se case usted con nadie!
- ANA M. ¡Ja, ja, ja!
- FRAN. Y menos que con nadie con su primo de usted. No la merece á usted. Es un hombre vulgar.
- ANA M. ¡Mire usted que me voy á enfadar de veras!
- FRAN. Además, como son ustedes primos, va usted á tener media docena de hijos tontos.
- ANA M. Con eso se volverán locas por ellos media docena de mujeres inteligentes.
- (Pausa)
- FRAN. De todas maneras, si el señor don Agustín de Aldana tarda tres meses más en volver...
- ANA M. ¡Habrás visto presunción semejante! ¡Pero usted quiere que acabemos mal!
- FRAN. ¡Parece mentira que diga usted eso después de saber de memoria tantos versos míos!
- ANA M. ¡Que me vendrán que ni pintados para decirle á mi marido que le quiero, con muchísima más elocuencia!
- FRAN. ¿Será usted capaz?
- ANA M. De eso les sirven los versos, señor poeta, á las mujeres enamoradas. ¡Sí, señor: sus poemas de usted, los leeremos juntos Agustín y yo.
- FRAN. Es verdad. ¿Y tendrán ustedes hasta la avilantez de darse un beso después de uno de mis romances sentimentales?
- ANA M. ¡Es muy posible! Y á callar, que viene mi abuela, y si le oye á usted hablar mal de su nieto, le tira á usted algo.
- FRAN. (Mirando las madre selvas.) ¡Siquiera una!
- ANA M. Tome usted, hombre, tome usted.
- FRAN. (Prendiéndose la madre selva en la solapa, del lado del corazón.) ¡Ay, qué cosa tan absurda es la vida! (Entra DOÑA MARGARITA, viene sola y anda medio á tuestas apoyada en su bastón, pero sin afectación de decrepitud.)
- ANA M. (Precipitándose al encuentro de la anciana.) ¿Pero, abuela, tú sola, andando por ahí?
- MARG. ¡Yo sola, sí, naturalmente: no me hace falta nadie, que no soy tan vieja!
- ANA M. Pero, Pedro y Manuela, ¿dónde están?
- MARG. No te enfades. Manuela está acabando de prepararlo todo, y Pedro ha ido á buscarte.

- ANA M. ¡Ja, ja, ja!
- MARG. ¿De qué te ríes?
- ANA M. ¿Temíais que me perdiese?
- MARG. Tenía miedo de que no llegases á tiempo. Agustín llega á las siete.
- ANA M. Y estoy aquí á las seis para esperarle.
- MARG. Sí, sí, á las seis. ¡Buena calma tienes!
- ANA M. No me riñas, abuela, que no estoy sola.
- MARG. ¿Quién está ahí?
- FRAN. Yo, mi señora doña Margarita, para servir á usted.
- MARG. ¡Ah, vamos! ¿Han venido ustedes juntos? Por eso ha tardado tanto Ana María. Se habrán ustedes ido entreteniendo como de costumbre en discutir si son negras ó azules las sombras de los chopos, y en contar las vueltas que da una hoja de rosa en el aire antes de caer del rosal al suelo.
- FRAN. ¡Ay, no, señora! Se acabaron aquellos buenos tiempos. Su nieta de usted se ha despedido de toda exquisitez poética. Ahora es una señorita burguesa que está esperando al novio con la más vulgar de las impacencias.
- ANA M. A mucha honra, sí, señor.
- PEDRO (Entrando.) El coche está enganchado. ¿Manda algo la señora?
- MARG. Pero, ¿aún estás ahí? Vete en seguida.
- ANA M. Sí, sí, anda á buscar al hijo pródigo.
- MARG. No sé por qué le llamas hijo pródigo. Bien bueno es. Siempre acordándose de nosotras: ya vé usted, en cuatro años...
- ANA M. Cinco, abuela.
- MARG. Más en mi favor, cinco: ni un sólo sábado ha dejado el cartero de traernos su carta. ¡Ay, don Francisquito! el invierno que viene, si todavía está usted entre estas breñas, tendrá usted que leerme á mí sus versos, porque este par de niños andarán por el mundo.
- ANA M. Bueno, bueno... Anda, Pedro, que vas á llegar tarde.
- FRAN. Si me deja usted en casa, al pasar por el pueblo, lléveme usted en el coche...
- MARG. ¿No espera usted á que llegue Agustín?
- FRAN. No, señora. No le conozco y no debo impo-

ner mi presencia... las emociones son sagradas, y ya tendré mañana el gusto de saludarle... ¡Enhorabuena! Buenas tardes...

MARG. Muy buenas. (Salen Pedro y Francisco.) Me alegro que se vaya.

ANA M. ¡Pobre muchacho!

MARG. Está un poco chiflado. (Sonriendo.) ¿Y te hace el amor?

ANA M. ¡Bah! Por pasar el rato. ¿En qué iba á entretenerse en este poblacho?

(Pausa ligera. Ana María está visiblemente preocupada y acercándose al ventanal, de espaldas al público, apoya la frente en los cristales.)

MARG. Ana María...

ANA M. (Estremeciéndose un poco al oír la voz de su abuela.) ¡Abuelal! (Se acerca á ella.)

MARG. ¿Estás contenta?

ANA M. Muchísimo, abuela.

MARG. ¡Con qué tranquilidad lo dices! (Ana María sonríe.) ¡Si yo fuera tú, y tuviera tus veintitrés años!... Ven aquí: dime algo; que eres muy feliz, que estás muy impaciente, que le quieres mucho, ¿qué gusto sacas en guardarte todo lo que te pasa por dentro para tí sola? No es gusto, abuela, es genio.

MARG. ¿Mal genio?

ANA M. Tal vez. Yo bien quisiera venir á contarte mi alegría, y reirme contigo, y hacer proyectos como á tí te gusta, pero no puedo. ¡Cuando tengo una felicidad muy grande ó una pena muy honda parece que me echan un nudo al corazón, y se me quedan dentro!

MARG. Ay, chiquilla, me acuerdo del día en que Agustín me dijo: «¡Me quiere, abuela, me quiere, ¡nos queremos!» Estaba como loco, me abrazaba, lloraba, se reía. ¡Me quiere, abuela, me quiere, abuela! Lo menos me lo dijo cien veces: luego entraste tú...

ANA M. Y no dije nada, ¿verdad? Pero también estaba muy contenta y también te abracé como ahora. (Abraza casi llorando á doña Margarita.)

MARG. ¿Estás llorando?

ANA M. (Secándose las lágrimas.) No lloro. Estoy pensando, ¡qué cambiado le vamos á encontrar!

MARG. ¿Te acuerdas cuando se marchó? Fué en el

mes de Mayo: era casi de noche: fuimos á despedirle á la estación. ¡Cuando arrancó el tren sacó la cabeza por la portezuela! ¡Me parece que le estoy viendo! (Suspira) ¡Hijomío. ¿Sabe que me he quedado casi ciega?

ANA M.

¡Sí, abuela...

MARG.

Como en las cartas no dice nunca nada.

ANA M.

Los hombres en las cartas no dicen nunca nada.

MARG.

Tú me dirás cómo es. ¿Dices que viene retratado en ese periódico? Dámele. Ya le veo: es aquí. (Besa un grabado del periódico que Ana María le da.)

ANA M.

¡Já, ja, ja!

MARG.

(Muy ofendida.) ¿De qué te ríes?

ANA M.

De que en lugar de besarle á él has besado á la estatua.

MARG.

¿A qué estatua?

ANA M.

A la que él ha hecho: han retratado juntos al autor y á la obra: él está aquí, á este lado.

MARG.

Está guapo, ¿verdad?

ANA M.

¡Sí, abuela.

MARG.

Con esos ojos suyos tan alegres y ese bigotillo revuelto que parece de espuma.

ANA M.

(Mirando con atención el periódico.) Ahora tiene los ojos más serios, y el bigote mucho más grande.

MARG.

¡Ay, niña, qué feliz vas á ser! A ver... dame el periódico. ¿Qué es esto?

ANA M.

La estatua, abuela.

MARG.

¿Se parece á ti?

ANA M.

No: es una mujer alta... debe de ser morena, tiene la frente estrecha, los ojos dominantes...

MARG.

¿De qué va vestida?

ANA M.

De bailarina griega.

MARG.

¿De bailarina? ¿Con falda corta? (Muy escandalizada.)

ANA M.

Sin falda de ninguna clase: lleva unas gafas.. en la mano.

MARG.

¡Pero eso es un horror!

ANA M.

Es una estatua, abuela. (Seria.)

MARG.

No me gusta que el niño se dedique á esas cosas.

ANA M.

Ya, ya: la señora abuela quisiera que su

- nieto se pasara la vida esculpiendo Virgen-
citas del Carmen para su oratorio.
- MARG. No para mi oratorio, para las catedrales tan
hermosas que hay por esos mundos, si se-
ñor, Virgenes y santos, y mujeres vestidas
como Dios manda.
- ANA M. Se lo diremos en cuanto llegue. (se rie.).
- MARG. No se lo diremos, porque se reiría de mí,
como te ríes tú, por supuesto.
- ANA M. (Riéndose.) ¿Yo?
- MARG. ¡Tú! Estoy segura de que te gusta esa muje-
rota. ¡No se mira más, ea!
- ANA M. (Mirando al periódico con insistencia.) ¡Ay, Señor!
- MARG. ¿Qué suspiras?
- ANA M. Nada, abuela. (Se levanta sin dejar el periódico y se
acercas á mirarse á un espejo de cornucopia pequeño y
dorado que hay colgado de la pared. Mira alternativa-
mente su imagen en el espejo y la de la estatua en el
periódico.)
- MARG. ¿Qué haces?
- ANA M. Mirarme al espejo.
- MARG. Estás muy guapa, ¿eh?
- ANA M. ¡Regular nada más!
- MARG. ¿Qué traje te has puesto?
- ANA M. El azul. Voy á ponerme una flor en el pelo.
(Coge de un florero una rosa encarnada y se la pone
en el pelo.)
- MARG. ¡Cuánto daría por verte bien, niña!
- ANA M. ¿Es que se te ha olvidado cómo soy? ¿Quie-
res que te lo cuente? (Las dos se ríen.) Tengo
los ojos verdes.
- MARG. Como siempre.
- ANA M. Más verdes que nunca.
- MARG. ¡Pobre Agustín!
- ANA M. ¡Ya, ya!
- MARG. ¿Qué más?
- ANA M. El pelo un poco echado á la frente, como
ahora se lleva. Estoy un poco pálida.
- MARG. (Asustada.) ¡Niña!
- ANA M. No te asustes, que tengo los labios muy en-
carnados, y eso es prueba de buena salud.
- MARG. ¿Qué más?
- ANA M. Nada más: aquí se acaban los encantos de
tu señora nieta. (Dejando con un poco de des-
aliento el periódico.) Por lo menos el espejo no
dice otra cosa.

MARG. ¡Grandísima hipócrita! (La abraza.) Mira, se me ocurre una cosa... Puesto que el niño ya tiene esa gloria que se fué á buscar, ¿á qué vamos á estar esperando, no te parece? Tú nunca dices nada, pero bien harta estarás de noviazgo: os casais, en llegando las dispensas; pasamos el verano juntos aquí, en el campo, y en Octubre os marchais á dar un paseo muy largo, para que tú también conozcas mundo.

ANA M. ¡Justo, y tú!...

MARG. Yo me quedo aquí, que con Manuela y Pedro no me hace falta nadie.

ANA M. Muchas gracias...

MARG. No soy yo una vieja egoísta. Padre y madre he tenido como todo el mundo, y me casé, y me fuí con mi marido cuando me dió la realísima gana. Tú tienes derecho á tu amor de veinte años... ¡No faltaría más! No tengas miedo: yo he vivido ya ochenta y tres, ¿por qué no he de vivir otros veinte? En cuanto los viejos pasan de los setenta, la muerte no se acuerda de ellos, porque le da fastidio gastar el tiempo donde no hay nada que malograr, y se va á matar niños como quien corta flores. Además, que no vais á pasar la vida lejos: un viajecito... el tiempo justo de traerme un biznieto... Hija, no me quisiera morir sin verlo....

(Suena el cascabeleo del coche.)

ANA M. (Ahogándose de emoción, pero disimulando.) ¡El coche!

MARG. ¿El coche?

ANA M. Ahora deben estar llegando á la puerta... ¡Si entran por el jardín! ¡Qué ocurrencial! Ya está en la alameda... ya ha llegado al parterre...

MARG. Pero baja á buscarle. ¿No sales?

ANA M. (Con temor y emoción.) NO, NO... (Retrocede hasta un rincón de la habitación, á tiempo que por el ventanal del fondo entra AGUSTÍN. Entran con él MANUELA y PEDRO.—Agustín es un hombre de veintiocho años, muy buen mozo y muy simpático. Al entrar, como va oscureciendo, y la habitación está casi en penumbra, él al mirar no ve más que á la abuela, puesto que Ana María ha retrocedido á un ángulo en

que está más oscuro, y dirigiéndose á ella la abraza con emoción y apasionamiento de hombre impulsivo y siempre un poco niño.)

AGUS.

MARG.

(Corriendo á abrazar á doña Margarita.) ¡Abuelal ¡Hijo mío! (Abraza largo y silencioso.) ¡Hijo mío! (Acariciándole la cabeza, la cara, los hombros, como si le quisiera ver con las manos.) ¡Qué alto! ¡Qué fuerte! (Agustín se arrodilla delante de su abuela, que se ha vuelto á sentar en el sillón y le besa las manos.) ¿Qué haces, hijo... Agustín? Ana María, ¿dónde estás?

(Ana María que afecta gran serenidad, pero que tiembla un poco, se acerca sin hablar y pone una mano sobre el hombro de su abuela.)

AGUS.

(Levantando los ojos hacia Ana María, con un poco de susto.) ¡Ana María!... ¡Perdóname!

ANA M.

(Con naturalidad y sonriendo.) ¿Yo? ¿Por qué?

AGUS.

(Con asombro y confusión.) Porque yo... verás...

ANA M.

(Echándose á reir.) Estás perdonado. Tanto abuela como yo comprendemos perfectamente que un señor artista que anda triunfando por esos mundos de Dios (sonríe.) ó del diablo, se haya olvidado un poco de nosotras.

AGUS.

(Insistiendo.) Es que...

ANA M.

(Interrumpiéndole para que la abuela no repare en las disculpas de él.) Si no nos hacen falta explicaciones. Estás aquí y nos basta. ¿Que hemos tenido á días un poco de pena? Ahora tenemos mucha alegría, ¿verdad? (Abraza á su abuela.) ¡y váyase lo uno por lo otro!

AGUS.

(Obstinándose en insistir, con torpeza de hombre que no comprende que haya un estado de ánimo distinto del suyo.) Pero...

(Ana María mirándole muy seria y poniéndose un dedo en los labios, le manda callar. El se calla de pronto, sin comprender gran cosa.)

MARG.

(Un poco asombrada.) ¿Qué estais hablando ahí de penas y de olvidos? Ana María, (Un poco enfadada con ella.) ¿por qué le riñes?

ANA M.

(Riendo.) Si no le riño: es él quien se empeña en disculparse de pecados que no ha cometido: dice que nos tenía olvidadas y nos pide perdón. ¡Figúrate... olvidadas! Poco orgullosa que está la abuela por lo muchísimo que su nieto se ha acordado de ella, ¿verdad?

MARG. (Con embeleso.) ¡Hijo, tus cartas han sido toda nuestra alegría!

AGUS. (Casi espantado.) ¿Mis cartas?

ANA M. (Mirándole imperiosamente desde detrás del sillón de la abuela y haciéndole una seña de que calle.) ¡Tus cartas, sí! Tus cartas (Recalcando) que llegaban aquí todos los sábados y á veces hasta dos veces por semana. ¡Y poco que nos hemos divertido leyéndolas! Abuela se ponía chocha sólo de pensar en ellas. ¡Como que algunos días he bajado á buscar al cartero á mitad de camino, porque nos parecía que tardaba en llegar! ¡Una en que nos contabas la Navidad en Berlín nos la aprendimos casi de memoria, y abuela lleva cosida en los escapularios la ramita de mirto que enviaste dentro! ¡Cuántas cosas bonitas y tan interesantes habrá por esos mundos! Cuéntanos, cuéntanos.

(Agustín que mientras ella habla ha estado mirando al suelo lleno de confusión, no responde.)

MARG. ¡Qué va á contar ahora! Estará cansado del viaje.

ANA M. Es verdad. Siéntate.

AGUS. (Sentándose dócilmente y mirándola como hipnotizado.) No estoy cansado, no... (Como si hiciese un gran descubrimiento.) ¡Pero tengo un hambre!

MARG. (Con alegría.) El campo te habrá abierto el apetito.

ANA M. Yo también. La misma que cuando volvíamos de correr por el monte hace diez años. Afortunadamente ha llegado la hora de cenar. Pedro, enciende la luz. (Pedro enciende la luz, y Manuela que había salido un momento antes vuelve con una gran bandeja de plata en la que viene el servicio de mesa.) ¿No lo dije? Ya está aquí Manuela. Hijo, esta es una casa encantada; cosa que se desea, cosa que aparece. Ya verás, ya verás. (Toma la bandeja de manos de Manuela.) Trae y sirve en seguida. (Poniendo rápida y primorosamente dos cubiertos en una mesita junto á la chimenea.) Cenaremos aquí, junto á la lumbre en amor y compañía los dos, porque abuela se marcha á la cama con un vaso de leche.

(Manuela vuelve á entrar con diferentes manjares y vi-

nos. Ana María mientras habla, come y sirve á Agustín. Pedro ayuda. Manuela entra y sale.)

ANA M. Si vieras, desde que te has ido, nos hemos hecho más perezosas... Nunca queremos ir al comedor, porque casi da miedo aquella mesa grande para las dos solas. Aquí comemos al sol en invierno, al fresco en verano, aquí cenamos, es decir, ceno yo al amor de la lumbre, aquí trabajamos y aquí vivimos; ¡ya ves que pedacito tan pequeño nos basta en el mundo tan grande! Casi nos pareces un bicho raro tú que has vivido en tantas tierras. ¡París... Berlín... Italia... Grecia! ¿Es verdad, verdad que existen todas esas cosas ó es que las han soñado los que escriben libros? ¿Qué más da? ¡Todo es cerrar los ojos (Cierra los ojos, porque aunque está hablando con perfecta afectación de alegría, acaso teme que se le vayan á escapar las lágrimas.) y ver el mundo dentro! (Agustín come, la mira y calla.)

MARG. ¡Qué habladora estás hoy!

ANA M. Alguien ha de hablar. Tú te has quedado muda del alegrón, y Agustín parece también que se ha dejado olvidada la lengua en la maleta. Me parece que voy á ser yo la que tenga que contar el viaje.

AGUS. (Haciendo un esfuerzo por hablar y saliendo del paso con un recurso originalísimo.) ¿No dices nada, Pedro?

PEDRO ¿Que va uno á decir? Ya sabemos que el señorito es hombre célebre y que ha salido la mar de veces en los periódicos. La señorita nos ha enseñado últimamente el retrato y la estatua.

AGUS (Un poco turbado.) La estatua... sí...

ANA M. Buen sermón te tiene preparado abuela por la frescura de la estatuita. Prepárate.

MARG. No le hagas caso. (Muy apurada.)

AGUS. No me riñas, abuela, que mientras esté en casa, en desagravio de mis culpas, haré una Santa Margarita con una túnica muy larga.

MARG. No me gustan bromas con las cosas santas.

ANA M. ¿Un poco más de pollo? (Agustín acepta y devora.) ¡Ay, abuela, si le vieras comer te asustabas! ¡Nos le han tenido muertecito de ham-

brel! ¡Hijo, qué mal cuidan las musas á sus predilectos! ¿Es que en el templo de la fama no dan más que laurel por alimento? Aquí te engordaremos, descuida.

AGUS. ¡Es que tenéis una cocinera estupenda y un maitre d'hotel incomparable!

ANA M. ¿Es que te figurabas que en la sierra se vive á lo paleta? Somos muy finas las señoras serranas, aunque otra cosa crean los señores artistas viajeros. Por lo demás, la cocinera es la de siempre.

AGUS. (Incrédulo.) ¡Juanona!

ANA M. Juanona, hijo, que ha aprendido á leer y de paso á guisar como guisan en Francia, y el maitre d'hotel es Manuela.

(Entra MANUELA con un cestillo de fresas lindamente arreglado sobre hojas verdes.)

AGUS. ¡Bravo, Manuela!

MAN. Fresas tempranas: son casi de estufa.

PEDRO ¡Tantas tempranas y tardías habrá comido el señorito por esas capitales!

MAN. Pero éstas son de casa y le tienen que saber á gloria.

AGUS. (Sirviéndose, y cada vez con más originalidad.) ¡Fresas!

ANA M. Saben á tierra ¿eh?

AGUS. (Un poco exaltado.) Saben á recuerdo... á todos los recuerdos...

ANA M. (Cambiano bruscamente el tema de la conversación.) Te hemos arreglado una habitación preciosa, ya verás. Abuela quería que estuvieses aquí con nosotras, pero yo he pensado que te gustará más trabajar libremente, y te hemos convertido en casa el pabellón que hizo mi padre para sus colecciones al otro lado del jardín.

MARG. (Que hace un rato se deja invadir por el sueño y da grandes cabezadas, se despabila un poco al oír esto y dice enérgicamente.) ¡Tonterías! (Después de lo cual vuelve á cabecear.)

ANA M. Tienes estudio, saloncito de descanso, alcaoba, tocador, terraza, puerta á la carretera y al jardín; todas las vejeces que coleccionó mi pobre padre y unas cuantas flores de la abuela. Así estás en tu casa, vienes aquí á comer y cuando quieras, y nosotras nos da-

- mos también de cuando en cuando el placer de ir á hacerte una visita.
- MARG. (Despertándose.) ¿A qué tantos arreglos? ¿No os vais á casar inmediatamente? (Agustín mira al suelo y Ana María al techo.) Pues ¿á que tanta historia de pabellón, de estudio, de puerta independiente? Los niños de ahora (Durmiéndose.) son incomprensibles... verdad es que Ana María sabe... sabe... y cuando ella lo hace... bien hecho estará... pero en mis tiempos... en mis tiempos...
- ANA M. ¿Traes algún criado?
- AGUS. Sí, uno, Juan... pero no vendrá hasta dentro de dos ó tres días... le he dado permiso...
- ANA M. Bien; mientras llega te cederé á Manuela.
- AGUS. Si ella consiente ..
- MAN. (Cayéndosele la baba.) No faltaba otra cosa, señorito.
- ANA M. Abuela se ha dormido. Todas las noches le sucede lo mismo mientras yo ceno, ¡pobrecilla! Voy á acostarla, mientras tú tomas el café. Vamos, Manuela. ¿Estás muy cansado? Si quieres Pedro puede enseñarte tu habitación.
- AGUS. No, no, te espero aquí... (Se inclina á besar á la abuela.) Quería... tengo que hablar contigo.
- ANA M. Pues ahora mismo vengo.
(Sale con Manuela llevando á doña Margarita; Agustín la mira salir, y pasea un instante y luego habla dirigiéndose á Pedro, pero en realidad para sí mismo.)
- AGUS. Tiene razón Ana María. Esto parece una casa encantada. Yo tenía un recuerdo... no sé, de ruido, de bullicio... y ahora aquí todo es orden, paz... puede que fuera mi propia inquietud de chiquillo la que ponía yo al pensar en la casa, pero de todos modos no sé que hay en ella...
- PEDRO Hay tres viejos y un ángel, con perdón sea dicho... no sabe el señorito lo que se lleva.
- AGUS. (Interrumpiendo.) Tú vives ahora aquí, por lo visto.
- PEDRO Sí, señor; ya sabe el señorito lo aficionada que es doña Margarita á la música; como la pobre, con perdón sea dicho, se ha ido quedando ciega como quien dice, y como yo también me quedé viudo, y las tres hijas se

me casaron y están en los Madriles, pues la señorita me dijo que me viniera aquí y así hago compañía á la señora con la música, siempre que se ofrece, pero sigo siendo organista en la parroquia, para servir al señorito, y voy todos los días al pueblo.

AGUS.
PEDRO

(Un poco nervioso.) ¡Qué silencio!

Bien se conoce que viene el señorito de esas capitales, donde por las noches anda el diablo suelto: en el campo, en [poniéndose el sol... además, que aquí en callándose doña Margarita se calla todo: con sus ochenta y cuatro años es la animación de la casa: mire el señorito que hay veces que se pone á morir del corazón, con perdón sea dicho, pues en resucitando, como ella dice, ¡viva la vida! Como que muchas veces riñe á la señorita por lo callada que es... y no es que la señorita sea triste tampoco, es que es así... serena... como el agua de Mayo, y sabe ¡lo que sabe! como que se pasa la vida leyendo.

(Entran ANA MARÍA y MANUELA. Manuela recoge algunos trastos de la mesa.)

ANA M.

¿Te he hecho esperar? ¡Ah, estabas con Pedro!

PEDRO

Sí, señorita; pero si la señorita no manda otra cosa, me retiro. Descansar, señorito.

AGUS.

Buenas noches.

ANA M.

(Hace un gesto de asentimiento y Pedro se retira. Ella se acerca á la mesita en que aun está servido el café.)

¿Todavía no has tomado el café? Le tomaremos juntos. Puedes retirarte, Manuela.

(Se sienta. Manuela va á cerrar las ventanas antes de salir.) No, no, deja las ventanas abiertas.

(Manuela se retira. Pausa, Muy lejos se oyen nueve campanadas en un reloj de torre.) ¡Las nueve!

AGUS.

¿Nada más?

ANA M.

Nada más: en el campo las veladas engañan.

(Ana María coge del jarrón que hay en el centro de la mesa una rosa.)

AGUS.

(Mirando la rosa que ha cogido ella y cogiendo otra.)

¿Son de casa?

ANA M.

De casa.

AGUS.

Tan tempranas, aquí en la sierra con el frío que hace.

- ANA M. En la estufa las hay todo el año.
(Pausa durante la cual se oye muy lejos el rasgueo de una guitarra y el son de una copla que canta una voz de hombre. Copla castellana, no andaluza.)
- ANA M. Gentes que están alegres.
- AGUS. ¡Quién sabe!
- ANA M. (Con naturalidad.) ¡Sí, quién sabe!
(Ana María forma, con los pétalos de la rosa que ha deshojado, dibujos sobre el mantel. Agustín los sigue con la vista como si las figuras fuesen alguna fórmula mágica en la cual se encerrase su destino.)
- ANA M. ¿Dónde recibiste mi carta?
- AGUS. En Roma, hace ocho días.
- ANA M. La envié á París hace tres semanas á la seña de siempre, porque no sabía donde estabas: luego leí en los periódicos que habías pasado por Berlín.
- AGUS. En seguida me puse en camino.
- ANA M. ¿Te asustaste mucho?
- AGUS. Como me decías que abuela estaba tan mal.
- ANA M. Es que tuvo un ataque terrible.
- AGUS. ¿Un ataque?
- ANA M. Sí, le dan á menudo: un colapso creo que los llaman: el corazón que está viejo y cansado y ya no quiere andar. Dice don Juan, el médico, que no es que se muere, sino que no puede vivir: yo no soy cobarde, pero esta vez me entró un miedo tan grande de encontrarme sola... luego se mejoró y ya no hacia falta que hubieras venido, pero por no quitarle esa alegría. No vayas tú á explicarle nada, porque ella cree que vienes por tu voluntad: le he dicho que querías celebrar con nosotras la alegría de tu triunfo.
- AGUS. ¡La alegría de mi triunfo! ¡ay!
- ANA M. ¿Por qué suspiras?
- AGUS. Porque con triunfos y sin triunfos la vida es siempre triste.
- ANA M. ¿Tú dices eso?
- AGUS. ¡Yo más que nadie!
- ANA M. Vea usted. Nosotras que creíamos que eras tan feliz. (se rie.)
- AGUS. (con mal genio.) ¿Por qué te ríes?
- ANA M. Porque me hace gracia pensar que todo el mundo tiene penas.
- AGUS. ¿Gracia?

ANA M. ¡Quién me lo iba á decir! Yo creí que á las penas no les gustaban más que las soledades, estos rincones de mundo donde los corazones están desamparados, donde todos los días son iguales y toda ambición se ha dormido; hoy y mañana, el sol en verano y la nieve en invierno, la luna y la escarcha, una flor que se abrió y otra que se deshoja: todo silencioso, y dentro del silencio la pena creciendo... y callando. Pero, por esos mundos, en el ruido, en la fiesta, en el aturdimiento del trabajo, con la gloria á los pies y eso que llaman laureles en la frente, ¿penas también? ¡Hay para consolarse... y para reírse! (Se ríe.)

AGUS. (Con violencia.) ¡Pero no te rías!

ANA M. (Con ironía.) ¡Ah!... ¡Perdón! (Amontonando y rompiendo los pétalos de rosa.)

AGUS. (Arrepintiéndose de su violencia y con tristeza casi pueril.) Perdóname tú á mí.

ANA M. ¿Yo á ti? ¿Por qué?

AGUS. Porque soy un villano, porque he sido un hipócrita, porque teniendo tu cariño, toda la gloria de tu cariño... ¡Anita, no me mires así! ¿Quieres que te diga toda la verdad?

ANA M. ¿Que me has olvidado? Ya lo sé.

AGUS. No, no es eso .. olvidarte, no...

ANA M.. ¿Que me has dejado de querer? ¡Cosas de la vida! Un poco tristes, como tú dices, pero, ¿qué le vamos á hacer? (El la mira á la cara espantado de su serenidad.) Si no es más que eso no te atormentes.

AGUS. ¡Ana María!

ANA M. ¿Es más, y no te atreves á decírmelo? ¿Tan negro es, tan amargo, tan incomprensible? Te lo diré yo: yo que todo lo sé, porque te... (Va á decir: "porque te quiero", pero se arrepiente.) porque te conozco mejor que á mí misma. Tú, en este momento, tienes una pena... por otra mujer.

AGUS. (Defendiéndose mal.) No...

ANA M. ¡Sí! Por otra mujer... de las malas.

AGUS. Anita... Ana María, quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha contado? ¡Respóndeme!

ANA M. (Mirándole muy seria.) ¿No es verdad?

AGUS. (Bajando la cabeza.) Sí... es verdad... una verdad... muy triste.

- ANA M. ¿Tanto la quieres? (Agustín no responde.) ¿Es la estatua, no?
- AGUS. (Como un doctrino.) La estatua.
- ANA M. ¿Y ella no te quiere?
- AGUS. ¡No me quiere, no!
- ANA M. (Con burla.) ¡Vea usted qué mal gusto!
- AGUS. ¡Anita!
- ANA M. ¿Es española?
- AGUS. A medias.
- ANA M. ¿Eh?
- AGUS. Su padre sí, y su madre... es decir... creo, pero ha nacido en Francia y no ha estado nunca en España.
- ANA M. ¿Cómo se llama?
- AGUS. (Resistiéndose á seguir.) ¡Anita!
- ANA M. (Con burla.) ¿Como yo?
- AGUS. No, no es eso...
- ANA M. Ah, ¿es que te da reparo decírmelo? El nombre es lo de menos, hijo mío.
- AGUS. (En voz baja.) Se llama Carmelina.
- ANA M. Carmelina. ¿Y es (Con desdén.) modelo?
- AGUS. No... aunque ha posado para mí no es modelo... es artista.
- ANA M. (Haciendo ademán de tomarle el pelo.) ¿En cabello?
- AGUS. Bailarina... muy célebre, no creas...
- ANA M. ¡Ya, ya! (Cogiendo el periódico donde está la estatua.) ¡Vaya con la ilustre danzante! ¿Debe bailar muy bien, eh?
- AGUS. No sé si bien ó mal. Baila lo mismo que Salomé, removiendo en el alma todo el poso de las malas pasiones, toda la turbación, todo el deseo...
- ANA M. (Interrumpiéndole.) ¡No te entusiasmes, hijo, que soy soltera!
- AGUS. ¡Perdón! (Se calla de pronto.)
- ANA M. Sigue, hombre, sigue. La adoraste, la conquistaste, y decidísteis pasar la vida juntos para endulzar con la pasión los ásperos caminos del arte...
- AGUS. ¿Cómo lo sabes?
- ANA M. El mundo es tan pequeño... ¿Y hace mucho tiempo que floreció el idilio?
- AGUS. Dos años.
- ANA M. Claro: los mismos que hace que tú no escribías... En eso has hecho mal... no por mí, por la abuela... ¿Y ahora?

- AGUS. ¿Ahora?
- ANA M. (Con un poco de impaciencia.) ¡Si, ahora! ¿Dónde has dejado á tu Salomé?
- AGUS. Hace medio año fuimos á Oriente... ella se aburrió... siempre se aburre... por todo... de todo... tiene en el alma el tedio .. ó la tragedia... no sé... pasa los días enteros callada, taciturna... otras veces furiosa... quiso venir á Roma por cambiar... tomamos una villa... yo creí que estaba más contenta, pero una tarde en que la dejé sola, ella...
- ANA M. ¿Qué?
- AGUS. Dejó una carta infame por toda despedida... y no ha vuelto.
- ANA M. (Con asombro.) ¡Se marchó! (El afirma con la cabeza.) ¿Hace ya mucho tiempo?
- AGUS. Dos meses.
- ANA M. ¿Y no sabes de ella?
- AGUS. Sé que ha estado en Viena, y que ahora está en París...
- ANA M. (Con un asomo de mala idea, pero con afectación de inocencia.) ¿Sola?
- AGUS. No sé... creo que no.
- ANA M. ¡Todo sea por Dios! Y tú... claro... á pesar de todo, la sigues queriendo.
- (Agustín no responde, ello sin hablar se acerca al ventanal del fondo y mira fijamente al jardín.)
- AGUS. Ana María, he sido un necio, un cobarde, un villano...
- ANA M. (Mirándole un poco ausente.) ¿Eh?
- AGUS. No he debido contarte... perdóname que te haya dicho...
- ANA M. Has hecho bien. ¿A qué guardar fantasmas y engaños pueriles? El cariño que siempre nos hemos tenido y el amor que creímos ternos merecían esta sinceridad. ¡Gracias!
- AGUS. ¿Gracias tú á mí?
- ANA M. Sí, porque has sabido ser leal conmigo.
- AGUS. Es que tú eres una mujer extraordinaria: yo hubiera querido no contarte nada. Pero es imposible. Siempre que esté contigo, tendré que decirte la verdad, contra mí mismo, contra tí. Por el camino venía pensando: Llegaré, callaré por ella y por la abuela. Estaré unos días, y desde lejos le escribiré diciéndole que la vida se ha puesto entre nos-

- otros, pidiéndole perdón, despidiéndome para siempre.
- ANA M. ¿Así habías pensado abandonarnos?
- AGUS. ¿Tengo derecho á estar en esta casa?
- ANA M. Derecho y deber: abuela ha puesto en tu cariño más de la mitad de su alma: te quiere más que á mí. Mientras ella viva, aquí está tu puesto. Cuando ella falte, la casa es tan tuya como mía. ¡Aquí está nuestro hogar. más hogar que el de nadie, porque los dos vinimos huérfanos á él. ¿Quieres hacerme la ofensa de pensar que mi presencia puede alejarte de la casa donde hemos pasado juntos la niñez?
- AGUS. ¿Es que tú serás capaz de no guardarme rencor?
- ANA M. ¿Rencor? (Con mucha dignidad.) ¿De qué y por qué? Porque tú y yo soñamos de chiquillos lo que otros quisieron hacernos soñar, y ahora nos encontramos conque la realidad va por otros caminos? ¿Somos responsables de habernos dejado de querer? ¡Hemos cambiado tanto los dos, y hace ya tanto tiempo! ¿Rencores dices? ¡No! ¡Siempre somos amigos, de verdad! (Le da la mano.)
- AGUS. (Un poco desconcertado.) ¿Es decir, que tú tampoco me quieres?
- ANA M. (Sonriendo.) ¿Qué te importa?
- AGUS. ¡Me importa más que nada en el mundo!
- ANA M. ¡No te quiero, no! Es decir... no te quiero... de amor. De niña... claro... como desde que abrimos los ojos á la vida nos enseñaron á jugar á ser novios... y no digo que si hubiéramos seguido juntos... pero luego, la soledad, el tiempo y tu silencio, lo mismo que á tí, me han ido desenamorando poco á poco. El amor se marchó como un pájaro lindo que se nos huye de la jaula... claro que al principio lloré con cierta pena la fuga del alado huésped, y hasta me hubiese alegrado de verle volver... después... creo que había llegado á sentir más que el cariño, la falta de cariño. Se conoce que se me había quedado un hueco en el corazón y la inquietud de vacío la tomaba yo, ¡tonta de mí por inquietud de ternura... ahora, ya está todo en

su sitio, y podemos querernos como buenos hermanos. Tú te alegras, ¿verdad?

AGUS. (Sin demasiado convencimiento.) Sí... me alegro... porque no creas, traía una angustia tan grande.. Los dos infelices,—venía pensando,—yo por mi culpa, y ella...

ANA M. ¿Infelices? Ni tú ni yo. A los dos el amor nos ha jugado una mala pasada: dicen que así sucede casi siempre, pero hay en el mundo tantas cosas que no son el amor.

AGUS. ¡Tantas cosas! (En son de protesta.)

ANA M. ¡Tantas! Tú no sabes lo que es la soledad; ya lo irás aprendiendo aquí, en la paz de la casa: en el silencio se oyen tantas voces que no había oído uno nunca... (Mirando el reloj.) ¡Qué horror de hora! Hay que irse á dormir, hijo. Aquí está la llave de tu palacio. ¿Sabrás el camino?

AGUS. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha.) Sí, sí lo sé.

ANA M. No; pasa por aquí, por la terraza, no vaya á despertarse abuela si haces ruido. ¡Pobre abuela!

AGUS. Ya le diré mañana...

ANA M. ¡No, no le digas nada!

AGUS. ¿Cómo?

ANA M. Ella, la pobre, piensa que la vida no tiene más que un camino, y le había compuesto para nosotros con todo su amor: se ha acostumbrado á querernos juntos.

AGUS. ¿Qué hacemos entonces?

ANA M. Conservarle la ilusión. Ya ves, la muerte la está esperando. Dice el médico que no pasa del año. ¿A qué se va á llevar ese disgusto? Como apenas ve, ¡es tan fácil hacerle creer lo que uno quiere!... ya ves, en los dos años que tú no has escrito, yo le he escrito las cartas todos los sábados, y ella tan contenta...

AGUS. Pero; ¿cómo has podido?

ANA M. Hijo, tiene una su poco de imaginación y ha leído una lo suyo, ¡tú qué crees! ¡Poco bien escritas que estaban! Como que abuela que tampoco es tonta, decía algunas veces: ¡Qué observación tan fina tiene este muchachol! ¡Parece una mujer!

AGUS. ¡Eres una santal!

ANA M. No lo sabes tú bien. Quedamos en eso. Unas

- cuantas palabras alegres estos días. Luego, yo pensaré, le diremos, si se pone bien definitivamente, que tienes que marcharte. El deseo de vernos felices le hará creer todo lo que queramos. ¿No te parece?
- AGUS. Se hará lo que tú quieras.
- ANA M. Representaremos unas cuantas semanas una comedia... un poquitillo triste, pero así es el mundo.
- AGUS. ¡Así es el mundo!
- ANA M. Buenas noches, entonces. Quedamos en eso.
- AGUS. Buenas noches. (Pero no se mueve, como si aun tuviera algo que decir.)
- ANA M. ¡Ah! Y que no vayas á decir mañana alguna cosa desagradable. Somos felices, nos vamos á casar dentro de un par de meses, y nos queremos mucho. Adiós.
- AGUS. Adiós. (Pero los dos siguen sin moverse.) ¡Eres una mujer admirable! ¡No te rías!
- ANA M. No me río. Pienso... ¡no pienso nada! Buenas noches. (Medio mutis.)
- AGUS. ¿No me das la mano?
- ANA M. (Volviendo á él y dándole la mano.) ¿Por qué? Hasta mañana.
- AGUS. Hasta mañana.
- ANA M. Sal por la terraza. Yo cerraré las puertas. ¡Mira qué hermosa noche de luna hace!
- (Sale Agustín por la terraza, y á la luz de la luna, se le ve alejarse por el jardín y desaparecer. Ana María le está mirando, al parecer serenamente. Cuando desaparece del todo, se echa á llorar desconsoladamente. Cae el telón.)



ACTO SEGUNDO

Pórtico, á modo de «logia» que comunica dos cuerpos de edificio, formando pabellón. Al fondo, columnata de arcos, y el jardín: á derecha é izquierda, muros con puertas que conducen á las habitaciones. El zócalo de la logia es de azulejo de colores vivos, y las columnas, más bien pilares, que forman la arcada del fondo, están recubiertas de azulejo también. Si el escenario es lo bastante grande, en el centro habrá una fuentecita, en terracotta. reproducción de un modelo clásico, con plantas acuáticas en la taza y en el pilón; si el escenario es pequeño, la fuentecilla estará adosada al muro, y la formará un relieve en terracotta, reproducción clásica también y una taza de mármol también adosada á la pared y también adornada con plantas acuáticas por entre las cuales se filtrará el agua. La parte alta de los muros estará blanqueada con cal y el techo será de vigas. Los muebles, antiguos, españoles y alemanes. Sillones, mesitas. Por las paredes habrá colgados, cuadros, tallas, platos, etc. Habrá en una de las paredes un gran reloj de caja. El fondo hacia el jardín es practicable, se supone que bajando un escalón. Las puertas á derecha é izquierda también. Es por la tarde y hace sol.

(Al levantarse el telón están en escena DOÑA MARGARITA, ANA MARÍA, PEDRO y MANUELA. Hay sobre un sillón, chales, sombrillas, el bastón de doña Margarita, todo lo necesario para un paseo por el jardín. En una mesita ó en el reborde que hace en el fondo el zócalo de azulejos, un primoroso cestillo de labor de Ana María. Junto con la labor hay en el cestillo un libro de versos. Manuela va y viene sirviendo á doña Margarita una jicara de chocolate, bizcochos y

un gran vaso de agua de naranja. También PEDRO se dispone á tomar chocolate. Ana María en otra mesita vigila un hervidor en el cual se está calentando agua para hacer té: hay dos tazas preparadas y una bandeja con dulce, pan tostado, mantequilla, etcétera. Todo el servicio, primoroso limpio y de porcelana fina.)

- MARG. ¿Pero ese niño sale ó no sale?
ANA M. Ahora saldrá, abuela: estará recogiendo los trastos.
MARG. ¡No le da poco fuerte! ¡Todo el día se pasa metido en el estudio!
ANA M. Quéjate por tener un nieto trabajador.
¡Agustín, Agustín!
AGUS. (Dentro.) Ya voy.
(Sale por la puerta de la derecha y atraviesa el pórtico, dirigiéndose al jardín, una muchachota ALDEANA de muy buen cuerpo, pero no demasiado guapa, que saluda con cortedad y pasa deprisa como si le diera vergüenza.)
ALDEANA Buenas tardes. (Sale.)
MARG. ¿Quién es?
ANA M. La modelo, abuela.
MARG. ¿Qué modelo?
ANA M. La que tiene Agustín para su santa Margarita.
MARG. Pero ¿no decís que te está copiando á tí?
ANA M. Pero es que yo (sonriendo.) no me dejo copiar más que los pies, las manos, la cara y hasta aquí... (Señalando el descote graciosamente.) y lo demás... Sí, abuela, no hay remedio, para esculpir una santa vestida hace falta un modelo desnudo... Ya ves cómo la moralidad no va ganando nada con que las estatuas gasten túnica.
MARG. Calla, calla ¿y quién es... esa?
PEDRO Una chica del pueblo... una desdichada que ha estado sirviendo en Madrid. La Valentina...
MARG. Ah, sí... La del herrero... valiente pécora... ¡Cualquiera les reza á las santas que esculpe mi nieto!
AGUS. (Saliendo.) Ea, ya estoy aquí. (Sale secándose las manos con una toalla que entrega á Juan, criado muy correcto que sale detrás de él y se retira con la toalla sin decir palabra.) Buenas tardes. (Besa la mano de su abuela.) Perdón por el retraso.

- ANA M. Por tí lo siento, que el té se habrá pasado y tomarás veneno. (Le sirve una taza de té.)
- AGUS. Si tú me le das.
- MARG. Esa es otra, ¡té! Estos niños son unos infelices. Preferir ese cocimiento deslabazado á esta bendición de chocolate.
- ANA M. (Sorbiendo el té.) Si vieras lo rico que está con nata. Manuela, dame el dulce para poner un poco sobre el pan con manteca.
- MARG. ¡Qué horror! Mantequilla con dulce. ¿Dónde se estila eso?
- ANA M. Dice Agustín que en Alemania. ¡Y está muy bueno! ¿Quieres probarlo? ¿Y tú, Pedro?
- (Doña Margarita hace un gesto de horror. Pedro acepta el pan con manteca y dulce que le ofrece Ana María y lo come por cortesía con cierta precaución, pero, al probarlo, lo encuentra bueno.)
- PEDRO Sí que sabe bien.
- MARG. ¡Pedro, Pedro! No te vayas á contagiari tú también con ese par de locos: nosotros dos debemos guardar la tradición. Trae acá el agua de naranja.
- ANA M. ¿Quién quiere frambuesas?
- MAN. Son del huerto de Pedro.
- AGUS. Y tienen fama en todo el lugar.
- PEDRO (Muy orgulloso.) ¿Aun no se le ha olvidado al señorito?
- AGUS. No se me ha olvidado nada, Pedro, nada absolutamente. (Con intención, mirando á Ana María.) Soy el mismo de siempre... un poco más loco que nunca.
- ANA M. (Levantándose por no oirle.) ¡Qué algarabía traen armada los pájaros!
- PEDRO (Con inocencia.) Por las mañanas es cuando hay que oirlos.
- MAN. Eso el señorito no lo sabe porque es bien dormilón. (Todos se ríen.)
- ANA M. Es verdad. A las nueve he pasado yo por aquí, y aun estaban cerradas las ventanas. ¡En el mes de Mayo! ¡Herejel! ¿A quién se le ocurre perder la mañana durmiendo? Es lo mejor del día. Hasta las diez, lo menos, no se acuerda uno de ninguna pena. ¡Si vieras qué paseos me doy yo por el monte en cuanto sale el sol!
- AGUS. Desde mañana los daremos juntos.

- ANA M. ¡Ja, ja, ja! (Con burla.) No lo creo. Traes tú mucho sueño atrasado de esas capitales de Europa.
- AGUS. No es eso; es que anoche me acosté muy tarde. A la una.
- MARG. Señor, ¿es posible que un cristiano se acueste después de las diez!
- AGUS. Es que hacía una noche tan hermosa. A eso de las once, salió la luna: había un poquito de niebla que parecía plata. Cantaba...
- ANA M. (Con burla.) ¿Un ruiseñor?
- AGUS. (Con rabia.) ¡Un cuco!
- ANA M. Válgame Dios, y qué poético está el tiempo.
- AGUS. (Con rabia.) ¡No lo sabes tú bien!
- PEDRO Me permito observar á ustedes que se ha levantado un vientecillo fresco que no presagia nada bueno. Creo que esta tarde tendremos tormenta.
- MARG. Tienes razón: vámonos á casa, no quiero que me coja el chaparrón en el jardín.
- AGUS. Pero abuela, aquí estás á cubierto.
- MARG. No me fío yo de la solidez de este pabellón, que ni siquiera tiene pararrayos. No, hijos, no; me gusta demasiado la vida para exponer en tonto la poca que me queda. Ea, comida hecha, compañía deshecha. Vámonos, Manuela, y tú, Pedro, que nos está esperando el piano. Estoy muy enfadada contigo. (A Agustín.)
- AGUS. ¿Conmigo?
- MARG. Sí, señor; no se te ve el pelo: hoy has llegado tarde á almorzar y te has venido sin tomar el café. Si se quiere hablar contigo hay que molestarse en venir á buscarte.
- AGUS. ¿Tengo yo la culpa de que en esta casa, asílo de todas las virtudes, le entre á uno un deseo rabioso de trabajar? Hacía años, abuela, que este pobre escultor no sentía la fiebre del trabajo, la alegría, la facilidad que ha encontrado entre estas paredes. ¡Si vieras qué agradecimiento les tengo, á ellas y á vosotras!
- MARG. Bueno, bueno, cuidadito con lo que se hace. Ana María, mientras venga la modelo, tú aquí haciendo labor.
- AGUS. ¡Pero abuela si está picada de viruelas!

- ANA M. Abuela, ¡ja, ja, ja!
- MARK. ¡Sí, sí, riete; yo sé lo que me digo! A esta infeliz la puedes engañar, pero yo tengo ochenta y cinco años y sé lo que es el mundo, y lo que sois los hombres. Vamos, vamos. (Salen la señora, Pedró y Manuela.)
- ANA M. (Que se ha quedado la última y coge su cestillo de labor.) Hasta luego.
- AGUS. No... tú quédate. (En son de ruego.)
- ANA M. (Como si no comprendiera la intención de él.) ¿Quieres que trabajemos?
- AGUS. No.
- ANA M. (Volviendo á coger el cestillo.) Entonces...
- AGUS. Quédate. Tengo que decirte una cosa... muchas.
- ANA M. Bueno. (Deja el cestillo encima de la mesa.)
- AGUS. (Con efusión.) ¡Gracias!
- ANA M. No hay de qué.
- (Pausa.)
- AGUS. (Que no sabe por donde empezar.) ¿Qué llevas ahí?
- ANA M. Mi labor.
- AGUS. Y un libro.
- ANA M. Sí, un libro.
- AGUS. (Hojeándole.) De versos.
- ANA M. De versos.
- AGUS. Ah, vamos... son del famoso don Francisco. (Tira el libro.)
- ANA M. (Recogiendo con cuidado el libro que él ha tirado con rabia, y volviéndole á colocar junto al cestillo.) Sí, de Francisco son.
- AGUS. ¡Me apesta ese niño!
- ANA M. ¿Por qué?
- AGUS. ¡El y sus poesías!
- ANA M. (Con calma.) ¿Por qué?
- AGUS. ¡Porque es un estúpido, y te hace el amor!
- ANA M. ¿A tí qué te importa?
- AGUS. Y te le hace sabiendo, es decir, creyendo que eres todavía mi novia.
- ANA M. Pero como no lo soy.
- AGUS. (Muy nervioso.) Y puede que tenga la absurda pretensión de que tú llegues á corresponderle.
- ANA M. Puede que la tenga, y no sería absurda.
- AGUS. (Desesperado.) ¿Ah, no?
- ANA M. (Sonriendo.) Los dos somos solteros, los dos libres...

- AGUS. (Con ímpetu.) ¡Pero él no te merece
ANA M. De sobra sabes tú que el amor no se da por merecimiento.
- AGUS. ¿Es decir, que le quieres?
ANA M. No creo que tengas la pretensión de que te vaya á consultar en la elección de novio.
- AGUS. No la tengo, no... (Serenándose con esfuerzo)
Perdóname... soy un imbécil.
- ANA M. Estás perdonado.
(Pausa. Agustín pasea y Ana María le mira con sorna.)
- AGUS. (De repente) ¡Ana María!
ANA M. ¿Qué?
AGUS. Nada.
(Pausa. Agustín vuelve á pasear y enciende un cigarro.)
- ANA M. (Se echa á reír estrepitosamente) ¡Ja, ja, ja, ja!
AGUS. (Parándose en seco y mirándola con asombro.) ¿Qué te pasa?
ANA M. Nada.
AGUS. Entonces, ¿por qué te ríes de ese modo?
ANA M. Por reír.
AGUS. ¡Por reír! Las mujeres os reís por reír. ¡No lo entiendo!
- ANA M. También los hombres fumais por fumar.
(El tira el cigarro con rabia.) No, si á mí no me molesta el humo.
- AGUS. ¡No tienes corazón!
ANA M. Más grande que una casa, hijo, por mi desgracia. (Suspira.) ¡Ay!
- AGUS. ¿Por qué suspiras? (Ella le mira y no contesta. El, después de una pausa, se decide de nuevo á hablar.)
¡Ana María!
- ANA M. ¿Qué?
AGUS. ¿Es verdad, verdad que no quieres á nadie?
ANA M. ¿Quién te ha dicho eso? Quiero á mucha gente: á la abuela, á tí, á Pedro; á mis amigas, á Manuela, á unos cuantos chiquillos.
- AGUS. No es eso lo que te pregunto: quiero decir querer... querer de amor.
- ANA M. ¿A quién quieres que quiera?
AGUS. ¿Qué sé yo? ¡á muchos!
ANA M. (Riéndose.) Con uno sólo sería bastante. Sepamos...
AGUS. (Señalando á una rama de madreselvas que ella lleva prendida en el pecho.) Por ejemplo al que te ha dado estas flores.

- ANA M. (Haciéndose la inocente.) Estas no me las ha dado nadie: las he cortado yo á la puerta de casa. ¿Las quieres?
- AGUS. ¿Me las ofrecerías lo mismo si te las hubiese dado él?
- ANA M. (Fingiéndose mal humor.) ¿Otra vez?
- AGUS. (Con tozudez.) ¿Me las darías?
- ANA M. ¡No!
- AGUS. ¿Por qué?
- ANA M. Porque no se debe ofender el cariño de nadie.
- AGUS. ¿Tú sabes que te quiere?
- ANA M. ¡Lo sé!
- AGUS. ¿Porque te lo ha dicho?
- ANA M. Porque me lo ha dicho.
- AGUS. (Con burla y de mala sangre.) ¿En prosa ó en verso?
- ANA M. (Muy seria y muy firme.) ¡En verso y en prosa!
- AGUS. (Arrepentido ante la firmeza de ella y como un doctrino.) Yo no sé hacer versos, Anita.
- ANA M. Ni falta que te hace. ¡Ea, me voy!
- AGUS. Y yo contigo. ¿Quieres que demos una vuelta por el jardín?
- ANA M. Por mí...
- AGUS. (Con entusiasmo exagerado.) ¿Sí?
- ANA M. Sí, hombre, sí, como todos los días... (Coge el cesto de la costura y se dirige hacia el jardín: él se dispone á acompañarla. En este momento sale JUAN por la puerta del estudio.)
- JUAN Señorito, que ha llegado la carreta del mármol. Ahí está en la puerta del corral. Dicen los carreteros que si se descarga ó sale el señorito á ver lo que se hace.
- AGUS. ¿El mármol?... ¡Ah! sí... para la santa. ¡A buena hora lo traen! ¡A ver si lo estropean!
- ANA M. Anda y vé lo que hay... es cuestión de un momento.
- AGUS. Pero, ¿me esperas, eh?
- ANA M. Sí, hombre, sí, te espero. Ahora está la abuela entretenida con su música y no le hago falta. Me pondré á hacer labor.
- AGUS. Voy allá.
- (Sale Juan. Agustín quiere acercarse á Ana María, pero como ella no le mira, hace un gesto de resignación y sale deprisa. Ana María vuelve la cabeza despacio para ver si se ha ido; sonríe con malicia, y luego hace un

gesto de alegría franca, casi de chiquilla, palmoteando. Después pone una cara seria de persona muy grave. Después se tapa la cara con las manos, como si le diese vergüenza de su propia felicidad. Después suspira y se acerca despacio á la mesa donde está su cesto de costura.)

ANA M. ¡Ay! Pues señor, ¡qué cosa tan sencilla es un día feliz!

(MANUELA entra precipitadamente en el jardín.)

MAN. ¡Señorita, señorita!

ANA M. (Sin volver de su embeleso.) ¿Qué hay?

MAN. Una señora que quiere ver al señorito.

ANA M. (Que casi da un salto.) ¿Al señorito?

MAN. Sí, señera, al nuestro, al señorito Agustín. Dice que es muy amiga suya. Viene con un chiquillo del pueblo..

ANA M. (Con angustia) ¿No la conoces?

MAN. No, señora... es muy guapa y muy descarada. ¿No lo digo? Ahí viene, y eso que le dije bien claro que esperara.

ANA M. ¡Llévate la costura y déjame!

(CARMELINA entra por el jardín y se adelanta con decisión.)

CAR. Señora...

ANA M. ¿Qué deseaba usted? (Ceremoniosamente.)

CAR. Vengo á visitar al señor de Aldana. Me han dicho en la casa que aquí está su estudio y, con permiso de usted, voy...

ANA M. ¿A verle? Lo siento mucho, pero no es posible.

CAR. ¿Cómo?

ANA M. El señor de Aldana está trabajando y no recibe á nadie.

CAR. Bah, delante de mí ya está acostumbrado á trabajar. (Va á pasar.)

ANA M. Lo siento mucho, pero no puede ser.

CAR. (Parándose y mirándola cara á cara con cierto descaro.) ¿Usted sabe quién soy?

ANA M. (Fingiendo indiferencia y con un poco de desprecio.) Me lo figuro.

CAR. Y á pesar de ello insiste usted en no dejarme entrar. (Ana María sonríe vagamente.) Grandes derechos parece usted tener sobre la persona del señor de Aldana.

ANA M. Sin duda cree usted tenerlos mayores.

CAR. (De buena fe.) ¡Ja, ja, ja, ja!

ANA M. (Un poco desconcertada.) ¿De qué se ríe usted?
CAR. De la porterita que se trae el amigo. Ya me lo venía yo figurando, porque pensar que Agustín (Al oír la familiaridad con que Carmelina pronuncia el nombre de Agustín, Ana María hace un gesto de pena.) se iba á pasar dos meses metido en un rincón sin dar señales de vida, no habiendo por medio una cara bonita, es pensar lo imposible. ¡Siempre ha tenido muy buen gusto el indino!

ANA M. (Muy turbada.) No sé con qué derecho... se atreve usted á hacer suposiciones... verdaderamente infundadas.

CAR. Ah, ¿son infundadas? Me alegro tanto. Entonces, ya que los sentimientos de usted no se oponen... usted permitirá. (Da un paso adelante.)

ANA M. No, señora. Aquí no se trata de sentimientos, sino de conveniencia. Estoy segura de que para la tranquilidad de Agustín conviene que usted no le vea y no le verá usted.

CAR. ¿Debo acaso pensar que es orden suya?

ANA M. Piense usted lo que guste.

CAR. Pues sí que ha tomado precauciones con anticipación. Por lo visto me tiene un miedo espantoso.

ANA M. ¿Usted cree?

CAR. Francamente, no creí que le hubiese quedado tan mal recuerdo mío.

ANA M. ¡Cosas del mundo!

CAR. ¡Cosas del mundo! (Muy serena.) Como si le estuviera oyendo vociferar. Pero no le haga usted caso á un hombre cuando habla mal de una mujer. Cuando insulta, señal que no puede olvidar.

ANA M. (Recalcando el nombre.) Agustín no se toma el trabajo de insultarla á usted.

CAR. Mire usted, esa es ya una mala noticia, por lo cual me permito no creerla.

ANA M. No la crea usted; ¡pero tenga usted la bondad de retirarse!

CAR. ¿Con esa suavidad me lo pide usted?

ANA M. Naturalmente. Entre personas de buen gusto no hay por qué alterarse. ¿Usted comprende una escena trágica en este jardín, con esta paz, con esta luz, con lo bien que

huele y lo muy dulcemente que cantan los pájaros? En este mundo mío no hay posibilidad de tragedia. Todo es madrigal.

CAR. ¿Es esa la última palabra de usted?

ANA M. La última, sí, señora.

CAR. Pues ahora voy yo á decir la primera. (Cambiando de tono, con dureza y mala intención.) Usted, señora ó señorita, tiene usted muchísimo talento y habla usted como un libro. Si señora; comprendo que este lugar no es propio para escenas violentas y que está usted en su casa, digo, lo supongo, y que hace usted en ella... lo que se le antoja; pero comprenda usted también que una mujer como yo no corre Europa de punta á punta buscando al hombre á quien tiene perfecto derecho... ó perfecto capricho á llamar suyo, para contentarse cuando llega á su puerta con una escaramuza de palabras. Yo tengo la costumbre de no retroceder ante ninguna clase de violencias para salirme con mi gusto. Por lo demás, estoy de acuerdo con usted y creo que la suavidad es cosa admirable y digna del mayor respeto. De modo y maneque usted, que es tan suave, déjeme usted pasar por las buenas y no hablemos más.

ANA M. ¡He dicho que no!

CAR. ¿Tan segura está usted de la voluntad de Agustín?

ANA M. ¡Tan segura!

CAR. (Con una sonrisita de mala sangre.) ¡No lo está usted tanto de su cariño!

ANA M. (Dolida y orgullosa.) ¡Eso es cosa mía!

CAR. (Con naturalidad truhanesca.) Y mía también, puede usted creerlo .. y puede usted también estar segura de que él no le agradecerá á usted mucho esta obstinación. Supongamos que me marchó sin verle, como usted desea; puedo volver mañana, puedo escribir. No es él quien se alejó de mi. Cuando sepa que he vuelto, y lo sabrá, puede usted estar segura de que vendrá á buscarme.

(Ana María, al oír esto, se desconcierta y se pone muy pálida.)

ANA M. (Después de una pausa, con resolución súbita.) Sí... es posible que tenga usted razón... ¡Sepa-

mos la verdad y acabemos! (Llamando.) ¡Juan, Juan!... (A Carmelina.) Espere usted... ¡Juan, Juan!..

JUAN (Apareciendo en la puerta de la derecha.) ¿Llama la señorita?

ANA M. Diga usted al señorito Agustín que aquí hay una señora que quiere hablar con él. Buenas tardes. (Sale por el fondo como una reina.—Carmelina la mira alejarse con curiosidad y sorna. Luego se vuelve y se dirige á Juan que, al reconocerla, la mira con asombro y con una chispa de alegría en los ojos, como quien dijera con malignidad: ¡Está aquí! ¡Ahora nos vamos á divertir!)

CAR. (Con calma y familiaridad.) Buenas tardes, Juanillo.

JUAN (Con asombro y simpatía.) ¡Señorita... usted!

CAR. (Satisfecha.) Yo.

JUAN ¿No estaba usted en Viena?

CAR. Ahora estoy en Madrid.

JUAN ¿Bailando?

CAR. Bailando... es decir, á bailar veníamos, en *tournée*, con un yanqui, pero tronó la empresa antes de empezar; porque en cuanto llegamos á Madrid, se enamoró el yanqui de una gitana y se han ido á Paris con los cuartos.

JUAN ¿De modo que usted?..

CAR. ¿Yo? ¡Figúrate! Suerte que dije: ¡Ya que el Destino nos ha puesto tan cerca, vamos á hacerle á aquél una visita. ¡Eso va ganando! Oye, ¿y qué hacéis aquí?

JUAN (Con resignación.) ¡Engordar!

CAR. ¡Ja, ja, ja! ¿También él?

JUAN (Con un asomo de desprecio.) Usted no sabe la tranquilidad que hay en esta casa y lo bien que se come.

CAR. ¿Y está muy satisfecho?

JUAN (Con un gesto de ponderación.) ¡Uy!

CAR. Tú no lo estarás tanto, porque lo que es en esta calma chicha no serán muchos los extraordinarios. (Hace ademán de contar dinero.)

JUAN (Con filosofía y malicia.) Sabe usted, no se gana gran cosa, porque sí que es verdad que hay mucho orden, pero tampoco hay ocasión de gastar. (se ríe.) ¿Tiene la señorita todavía de doncella á... á Bettina?

- CAR. (Dándole un achuchón con familiaridad.) ¡Buen truhan estás hecho! Sí la tengo. ¡Hijo, se iba á casar con un chino que era ayuda de cámara del yanqui, pero ahora ya...! ¡Si quieres que le dé recuerdos!
- AGUS. (Dentro.) ¡Juan!
- JUAN (Poniéndose de pronto muy serio.) ¡El señorito!
- CAR. Márchate.
(AGUSTÍN aparece en la puerta de la derecha.)
- AGUS. Juan, ¿dónde te has metido?
- JUAN Señorito... estaba aquí... con...
- CAR. (Adelantándose.) Conmigo... no le riñas. (Juan desaparece rápida y discretamente, en el fondo, muy divertido.)
- AGUS. (Con espanto y rabia.) ¡Carmelinal! ¿Tú?
- CAR. (Con calma.) ¡Hijo, qué exclamación tan original! ¡Ja, ja!
- AGUS. (Con ira.) ¿Por qué has venido? ¿Quién te ha llamado? ¿Qué derecho tienes á entrar aquí?
(Se acerca á ella tan furioso que parece que va á pegarla.)
- CAR. (Muy serena.) Muchas cosas preguntas á un tiempo. Con tu permiso me sentaré para responder.
- AGUS. ¡No hace falta, porque vas á marcharte ahora mismo!
- CAR. (Mirándole con sorna y sentándose.) ¿De veras? Estás hoy muy galante. No pongas mala cara, porque de todos modos me he de sentar. Estoy cansadísima. ¡Vaya unos trenes y unos caminitos que se usan en tu tierra!
- AGUS. (Frenético.) ¿Quieres acabar de una vez?...
- CAR. (Con calma.) ¿De explicarte por qué he venido? ¡Por amor, hijo! ¡Cree que te había dejado de querer, y nada! Tu recuerdo y la sombra de Nino todo uno. Soy una Semíramis mucho más fiel de lo que parece.
- AGUS. (Con mala idea.) ¿Sí, eh?
- CAR. ¿Lo dudas? ¡Todos mis triunfos sin ti, ceniza! Galas, banquetes, gloria... vanidad, como dicen que dijo... ¡quien sea! Hasta de bailar he perdido el gusto. Ya ves, vine á Madrid contratada y no bailo. En vista de lo cual, he decidido venir á buscarte.
- AGUS. (Haciéndose el incrédulo y rabiando.) Dí que se te acabó el dinero...

CAR. ¡Qué materialistas sois los hombres y qué gusto sacais en amargaros las alegrías! Sólo á ti se te ocurre estropear con dudas monetarias la felicidad de este encuentro.

AGUS. ¡Je... felicidad!...

CAR. ¿Para ti no? Para mí, incomparable. Figúrate que vengo desde Viena. ¡Qué país tan poético es España! Pero ¿dónde están los naranjos y las palmeras? ¡Mira que ser casi mi tierra y no haberla yo visto! En San Sebastián me detuve dos días á ver una corrida de toros. Creo que conquisté á un matador. ¡Chico, qué emoción! A poco me desmayo. Ahora que ya nos hemos reconciliado (El hace un gesto de espanto.) nos iremos tú y yo á dar una vuelta por Andalucía. ¡A ver si nos secuestran los bandidos! ¡Qué viaje! Figúrate que llego á Roma, á nuestra casa, y me encuentro con que te has ido. Salió á abrirme la puerta una inglesita como una azucena. ¡A poco la araña, pensando que me estabas siendo infiel! Por supuesto, que aquí... ¡Valiente don Juan eres hecho! ¿Quién es esa niña también medio inglesa que no me quería dejar entrar?

AGUS. (Volviéndose loco.) Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué hablas de viajes y de toreros? ¿Quién te ha dicho que estaba yo aquí?

CAR. ¡El corazón!

AGUS. (Casi pegándola.) ¿Quién te lo ha dicho?

CAR. (Con guasa.) Tu fama, hijo: los grandes hombres no podeis vivir ocultos: todos los periódicos del mundo han dicho que te habías retirado á dormir los laureles al seno de tu hogar...

AGUS. ¡Maldita prensa!

CAR. ¡Y no está mal el retiro, no!

AGUS. ¿Quieres callarte?

CAR. ¿Es que vas á hablar tú?

AGUS. Sí, para rogarte que te vayas inmediatamente.

CAR. ¡Qué hospitalarios sois en esta casa! ¡Lo mismo me ha rogado ella!

AGUS. ¡Ella! (Con desesperación.) ¿Pero tú has visto á Ana María?

CAR. ¿Ana María se llama? ¡Qué nombre tan bo-

- nito! Sí, la he visto; pero no te asustes, que he estado la mar de correctal
- AGUS. (Con susto.) ¿Le has dicho quién eres?
- CAR. ¿Para qué? (Agustín respira.) No se lo he dicho porque ella lo sabía. (Agustín vuelve á desesperarse.) Tal retrato debes haberle hecho de mí. (Zalamera.) Eso prueba que no me has olvidado. ¡Pobre artista mía! Si no llego yo á tiempo te cazan y te casan. ¡Casado tú! ¡Ja, ja, ja! Dame las gracias y siéntate aquí. ¡Tenemos que hablar de tantísimas cosas! (Agustín pasea sin responder.) ¡Siéntate aquí! (Con un poco de impaciencia.) Ya sabes que siempre me pone nerviosa verte dar vueltas como un león en jaula. ¿Por qué no hablas? ¿Sabes lo que estás mereciendo? ¡Que me marche y no vuelva en mi vida á acordarme de ti!
- AGUS. Es lo mejor que puedes hacer. Entre tú y yo no hay nada. Quisiste romper y rompimos, y yo le doy gracias á Dios á todas horas de que se te ocurriese semejante idea. Creo que pasa un tren á media tarde, te acompañaré á la estación: el mundo es grande y espero que podremos pasar la vida sin volver á encontrarnos. ¡He dicho!
- CAR. (Como si no le hubiese oído, se levanta y empieza á pasear por la habitación.) ¡Qué reloj tan curioso! ¡Tan viejecito! ¿Es de los que hacen música al dar la hora? ¡Cuántas flores! ¿permites? (Corta una flor de una maceta y se la prende en el pecho.)
- AGUS. (Un poco domado por la serenidad de ella.) ¡Carmelina!
- CAR. (Sin volver la cabeza.) ¡Bonito retrato! ¡Qué ojos tan suaves y qué boca tan seria! ¡Ah! ¡si es la niña de antes! (Agustín le quita el retrato con violencia y se le guarda en el bolsillo.)
- AGUS. (Sentándose en un sillón.) ¡Es posible que un hombre esté obligado á sufrir esto de una!...
- CAR. (Acercándose á él muy despacio por detrás y levantándole la frente con las dos manos.) ¡De una mujer que le quiere á uno muchísimo más de lo que se merece! (El da un bufido, pero ella le tiene descontado y sigue sujetándole y entedando los dedos entre los rizos rubios de él. El poco á poco se va de-

jando dominar por el encanto sensual de ella.) ¡Qué inocente eres, pero qué inocentísimo! ¿A quién más que á ti se te ocurre meterse en un rincón porque tiene pena? Claro que yo me alegro de que te diera pena encontrarte sin mí, porque eso me demuestra que, á pesar de estar loca, te hago un poquitillo de falta. ¿Sabes que por el mundo no habla la gente más que de ti? Sí, señor, de usted y de ese talento. Menudo ruido que ha dado la estatua. ¿Te acuerdas? Chico, en flor estaban todos los granados de nuestro jardín cuando pasé por Roma. ¡Mira que no estar nosotros allí! No digas nada; ya sé que yo tuve la culpa. Ideas tontas que le dan á una... ¡no, es que no sabía lo mucho que te quiero! ¿Que no te quiero? (Da la vuelta y viene á sentarse muy cerca de él en el brazo del sillón.) Un día de estos te lo voy á probar para que te convenzas... es decir, bien te lo estoy probando con haberte venido á buscar, despreciando por ti ¡no te rías! pompas y honores, porque aunque todo el mundo habla de ti, en los ratos que le quedan libres también se ocupa un poco de esta servidora; sí, señor, y me admira y dice que somos tal para cual. (Abrazándole.) ¡Sí, señor hombre célebre, hemos nacido el uno para el otro! (El la aparta con suavidad y sin gran convencimiento.) ¿Y suspiras? ¿Es que te pesa que haya venido? Pues, hijo, ponte hueco, no creas que ha faltado en el camino quien me haya querido detener. ¡Había en Montecarlo un argentino... y en Madrid un madrileño!... Pero para madrileños, tú, (Cogiéndole la cara entre las manos.) tú, tú, que eres el más granuja que ha nacido de madre. ¡Verás tú lo felices que vamos á ser juntos, porque tú vienes conmigo sin hablar palabra. ¡Poco á gusto que vas á respirar en cuanto salgas al aire libre! Hijo, está París esta primavera más loco que nunca. ¿Te acuerdas á qué huelen los castaños del boulevard en el mes de Junio? Huelen á divertirse, á quererse, á soñar, á vivir, á noches locas y á mañanitas frías. ¡Poco gusto que da por la mañana volver á

casa juntos con un poco de fiío por haberse querido demasiado! Chiquillo, aquí estás preso, grandísimo tonto, y no te das cuenta. ¡Tú enterrado en un pueblo entre cuatro paredes! Tú necesitas mundo y vida libre y quien te haga soñar y agitarte y sufrir...

AGUS. (Con cierta complacidísima lástima de sí mismo.) ¡Sufrir!

CAR. Sí, señor, sufrir. (Abrazándole.) ¡Ay, grandísimo pillo, cómo te quiero!

AGUS. (Hecho un memo.) ¡Carmelina!

CAR. Si vieras qué alegría cuando supe que nuestra estatua te había hecho ganar la medalla. ¿Dónde está?

AGUS. (Un poco confuso.) La vendí.

CAR. (Con fingida indiferencia.) ¿Te dieron mucho?

AGUS. Cinco mil duros... creo...

CAR. Tres mil me debes. Y á propósito, ¿tienes siquiera un par de cientos por ahí? Un préstamo, hijo. Como estaba segura ¡pobre de mí! de que te iba á encontrar en Roma, no cogí más que cuatro cuartos para el camino, y ahora estoy casi pobre...

AGUS. (Vencido.) Sí, ven... toma... de paso saldremos por el jardín... no quiero que nos vean... te acompaño... te vas...

CAR. Claro que me voy, grandísimo ingrato; pero te espero... en Madrid.. ¿palabra? Mira que no me fiío mucho de tí... mira que si no vienes mañana mismo, vuelvo á buscarte pasado mañana. ¿Sí? ¿No? ¡Mamarracho!... ¡Y todavía se hace el interesante!... Bueno, dame esas pesetas no se me vaya á marchar el tren. Pero dime algo. ¡Ay, quiera usted á un hombre para esto! (Le coge del brazo estrechándole como si tomase posesión de él, y salen juntos por la puerta del estudio, á tiempo que entra Juan por el jardín.)

(JUAN los mira salir, y se frota las manos satisfechísimo. Se acerca un momento á escuchar á la puerta: entonces se oye dentro la risa de Carmelina. Juan, de contento que está, casi da saltos.)

JUAN (Felicísimo.) ¡Esto va bueno, bueno!

(Entra MANUELA también por el jardín, y se queda mirando con cierto asombro las demostraciones de Juan.)

MAN. ¿Qué le pasa á usted, hombre, que está usted tan contento?

JUAN ¡Que nos vamos, Manuela, que nos vamos!

MAN. ¿Quién? ¿Dónde?

JUAN Al fin del mundo. El señorito y un servidor de usted. Ahora mismito arreglo las maletas. ¡Viva la vida! ¡Poquitas ganas que tenía este cura de tomar el tren!

(En este momento ANA MARIA viene por el jardín y se queda sin decir nada y sin que los otros se den cuenta de que está allí, en el fondo.)

MAN. Pues no se le ha tratado á usted tan mal, digo, me parece.

JUAN Es que usted no sabe lo que es mundo, Manuela. El hombre no ha nacido para vivir en un desierto. Usted no sabe lo que son más de siete semanas sin faldas. ¡Ya me estoy viendo en mi París de Francia! ¡Hurrá! (Da un salto como si quisiera coger el techo con las manos.)

ANA M. (Adelantándose.) ¿Qué le sucede á usted?

JUAN (Quedándose hecho una estatua.) Señorita... ¿á mí?... Dispense la señorita... yo...

MAN. Que dice que se va el señorito mañana... ya ve usted...

ANA M. (Con grandísima calma.) ¿Mañana? No: esta noche. ¿No lo sabías?

MAN. Pero...

ANA M. No pongas esa cara de espanto, que no tiene nada de particular. (A Juan.) Y usted, inmediatamente, vaya usted á preparar el equipaje. Cuando estén las maletas tráigalas usted aquí, que quiero ver si van bien arregladas. ¡Listo, que á las nueve pasa el último tren!

(Juan sale con un gesto de asombro.)

ANA M. (A Manuela.) ¿Qué hacías tú aquí?

MAN. (Cogiendo la bandeja del té que se habrá quedado en una mesita.) He venido á recoger esto.

ANA M. Pues llévatelo.

MAN. Sí, señora, señorita. Pues señor, no lo entiendo. (Sale.)

ANA M. (Hablando sola y sin saber lo que dice.) ¡Está bien... está bien!... (Se acerca á la mesa y cogiendo el libro de versos, abre al azar y lee sencillamente, pero con lágrimas en la voz:)

«El corazón se cansa de inquietarse
por lo que acaso nunca llegará,
y le duelen las alas sordamente
como duelen los ojos de velar...
¡Oh, camino con sol, donde la sombra
tan deseada nunca pasará!
El corazón se cansa de inquietarse
y hay que decirle: ¡No esperemos más!
Remordimiento causanme las horas
que gastamos en desenmarañar
los ásperos vellones de esta niebla
dudando entre un: ¿Será? y un: ¿No será?
Remordimiento y lástima. ¡Perdidas
horas, que bien pudimos emplear
en coger una risa ó una rosa,
en gustar nuestra miel y nuestro pan!
La vida se reía de nosotros
que hora tras hora hacíamos girar
nuestra devanadera lamentable.
¡Ay, corazón; quedémonos en paz!
¡Descansemos! El corazón suspira,
preguntando: ¿Y así hemos de matar
nuestra quimera? No,—le respondemos —
tú duermes y calla... ¡ella se morirá!

- FRAN. (Asomando por entre las enredaderas del fondo y aplaudiendo) ¡Bravo, amiga, bravo!
- ANA M. (Dejando caer el libro y volviéndose asustada.) ¿Eh?
- FRAN. (Entrando.) ¿Se puede? (Ocultando la emoción con un tono de burla amable.) Ha leído usted esos versos tristes de un modo admirable. ¡Cualquiera diría que también usted sabe lo que son penas!
- ANA M. (Queriendo sonreír.) ¿Yo?
- FRAN. Perdón... Ya sabemos que es usted la mujer más feliz de la tierra.
- ANA M. Todo el mundo es feliz cuando quiere serlo.
- FRAN. Verdad: pero hasta los felices del todo, tienen ustedes por lo visto, sus horas de melancolía... ¡oh, injusticada! y vea usted lo que es el egoísmo: á los que estamos tristes de verdad, esas melancolías infundadas de ustedes los alegres, los enamorados, los correspondidos, nos dan un poco de consuelo... así pueden ustedes comprendernos algo, haciendo una ligera composición de lugar...

(Los dos están tan emocionados, cada uno por lo suyo, que en realidad no saben lo que dicen.)

ANA M.

Gracias...

FRAN.

(Con inquietud verdadera ante el extravío de ella.)

¿Qué le sucede á usted, criatura?

ANA M.

¿A mí? ¡Nada!

FRAN.

(Con emoción y sinceridad.) ¡Ana María, no esté usted triste, por el amor de Dios!... ¡Mire usted que todo soy capaz de sufrirlo menos eso! ¡Mire usted que no respondo de mí, si sospecho que alguien... (Mirando con rencor hacia la habitación de Agustín.) alguien le ha causado á usted una pena! ¡Ana María, el que á usted la entristezca, me lo paga á mí!

ANA M.

¡No sea usted chiquillo! No tengo penas. Es que estoy nerviosa, no sé por qué. Estas tardes de Junio son interminables. Y luego esa tormenta que está horas y horas encima de nosotros, y que no acaba nunca de descargarse. ¡Si empezase á tronar y cayese un buen chaparrón! ¡No sé qué hay en el aire! Sí, indudablemente, algo debe de haber en el aire.

FRAN.

ANA M.

¿Venía usted á buscarme? ¿Ha estado usted ya en casa?

FRAN.

No... pasaba... creí que estarían ustedes ya de vuelta... la oí á usted decir versos, y me detuve...

ANA M.

Sí, estaba aquí yo sola... y por pasar el rato...

AGUS.

(Dentro.) Juan, Juan...

ANA M.

(Con un poco de extravío.) Agustín...

FRAN.

¿Está ahí en el estudio?

ANA M.

Habrá vuelto... porque había salido... ¿Quiere usted ver la santa Margarita? Entre usted...

FRAN.

¡No me interesal Gracias. .

ANA M.

(Con temor de que salga Agustín.) Pues... espere usted un poco... si quiere... yo voy aquí... al salón... á darme un poco de agua fresca en la frente... me duele la cabeza de un modo... pero vuelvo en seguida. (Sale completamente desconcertada.)

FRAN.

(Con angustia.) ¿Qué le pasa á esta mujer? ¿Qué le pasa?

AGUS.

(Saliendo del estudio.) ¿Dónde estás metido, grandísimo idiota?

- FRAN. (Volviéndose.) Buenas tardes.
AGUS. (Con muy mal humor.) ¡Ah! ¿Es usted?
FRAN. Yo... Usted perdone que haya invadido los dominios de usted... Mi estancia en esta habitación es puramente accidental. Estaba aquí con Ana María.
AGUS. ¿Con Ana María?
FRAN. (Recalcando.) Sí, con Ana María... ¿Tiene usted algo que decir?
AGUS. ¡Ah, usted supone que debo decir algo!...
(Los dos hablan con nerviosidad violenta.)
FRAN. Usted sabrá si le importa ó no que yo esté con ella.
AGUS. ¿Tiene usted la pretensión ridícula de que deba importarme?...
FRAN. Eso de ridícula...
AGUS. Sí, señor, sí; ridícula, absurda, necia...
FRAN. ¿Por tratarse de mí?
AGUS. Y por tratarse de ella...
FRAN. Que merece mucho más que un hombre como yo, ¿verdad?
AGUS. Cuando usted lo dice...
FRAN. Que le merece á usted, por lo visto...
AGUS. Eso es cuenta suya.
FRAN. ¡Ya! Y tan seguro se encuentra usted de sus merecimientos, que se permite usted hasta el lujo de darle disgustos.
AGUS. Oiga usted...
FRAN. (Insultante.) Lo cual tratándose de una mujer como ella y de un... escultor como usted, es una villanía, peor, una majadería insigne, que yo, yo, ¿lo oye usted? no estoy dispuesto á tolerar!
AGUS. Pero ¿qué tiene usted que ver con ella?
FRAN. ¡Nada absolutamente!
AGUS. Entonces...
FRAN. (Exaltándose.) Nada absolutamente... No soy nada para ella, nada, porque ella no me quiere, pero ella lo es todo para mí, porque yo la quiero, sí, señor, la quiero, la quiero, la quiero; ¡si viera usted qué gusto me da decirlo á vces! ¡la quiero más que usted, más que su madre si la tuviera, más que toda su casta, y la merezco, aunque usted no lo crea, mucho más que usted, y la respeto más que usted también, y sabría hacer-

la mucho más feliz, ¿lo oye usted? mucho más, porque lo que es usted, y usted dispense, es usted un pobre hombre que no sabe lo que trae entre manos!

AGUS. (Ya furioso.) ¡Pero que va á saber romperle á usted la crisma!

FRAN. ¿Sí? Hombre, no sabe usted las ganas que tenía...

AGUS. (Interrumpiéndole.) ¿De que nos diésemos de trastazos?

FRAN. ¡Precisamente; sí, señor!...

AGUS. ¡Pues á ello!

(Van á pegarse con mutuo entusiasmo, y cuando están ya cogidos por las solapas, entra ANA MARIA. Al verla ellos se separan con un poco de confusión y otro poco de rabia por no haber podido terminar la pelea.)

ANA M. ¿Qué pasa?

FRAN. Nada... (Arreglándose los desperfectos del traje.)

AGUS. (Al mismo tiempo que Francisco y arreglándose también el traje.) Nada.

ANA M. ¿Qué ridiculez es ésta, Agustín? (Con severidad.) ¿En tu casa, en la mía? ¡Es estúpido!

AGUS. Hija mía... yo...

FRAN. Ana María, usted perdone. Tengo yo tanta culpa como el señor de Aldana.

ANA M. (A Francisco, con amabilidad que contrasta con la severidad con que ha hablado á Agustín.) Usted, como ya le he dicho antes, es usted un chiquillo. Tranquilícese usted. Las damas de estos tiempos no necesitamos paladines. Caso de que tuviéramos alguna ofensa que vengar, sabríamos vengarla solitas. Somos muy valientes, y tenemos las uñas muy afiladas...

FRAN. Pérdóneme usted. No se trataba de vengarla á usted sino de demostrar que el amor poético, melancólico y desesperanzado tiene su fuerza material correspondiente, y es capaz de llegar, cuando el caso lo pide, y aunque no lo pida, á algo más que inofensivos suspiros. ¡Después de haberle roto la cabeza efectiva é indudablemente á un afortunado rival, se debe suspirar muy á gusto, créame usted!

ANA M. (Con un mohín de coquetería graciosa.) ¡No faltaría más! ¡Silencio!... Y á casita... es decir, á

mi casa... dígame usted á mi abuela que voy en seguida y espéreme usted allí; tengo que reñirle á usted á mis anchas...

FRAN. (Encantado.) Todo lo que usted quiera. (Besa la mano apasionadamente á Ana María, y sale mirando á Agustín con cierta insolencia.)

(Agustín se ha refugiado en un rincón y arranca furiosamente flores de una enredadera.)

ANA M. ¿También con las flores vas á pagar el mal humor? ¡Hijo, qué mal te sientan las visitas! (El no dice nada.) ¿Te marchas mañana ó esta misma noche? (El no contesta.) Yo, por si acaso, he mandado á Juan que disponga en seguida el equipaje. Si no da tiempo á todo, te llevas las maletas, y yo te enviaré á Madrid los baules.

AGUS. ¿Tanta prisa te corre que me vaya?

ANA M. Sí, hijo, sí, la verdad: estoy cansada de este juego de niños.

AGUS. Es verdad... yo no puedo seguir aquí: (Ella sonríe irónicamente.) ya has visto lo que hoy ha sucedido: mi vida está tristemente atada á personas indignas de ti... yo era aquí tan feliz que me había olvidado de todo, y me había creído redimido de todo por la paz de esta casa, dueño de mi pasado, libre. ¡Figúrate cómo me llevo el alma! Pero la conciencia me dice que no puedo seguir á tu lado exponiéndote á encuentros como el de hoy. Por ti más que por mí, debo marcharme. Poco importa la tranquilidad mía, pero la tuya y tu dignidad están por encima de todo, y...

ANA M. (Con sorna.) Muy elocuente estás.

AGUS. (Con susto.) ¿Qué dices?

ANA M. Que estás muy elocuente; pero que toda la elocuencia del mundo te sirve de muy poco para disfrazar la verdad. ¿Te vas? Estás en tu derecho. ¿Te han venido á buscar y te agrada la compañía? Mejor para ti. Pero no me vengas con historias de dignidad y de tranquilidad. Mi dignidad, como comprendes perfectamente, está muy por encima de todas las visitas más ó menos dignas que á ti se te antoje recibir. Mi tranquilidad cree que también: te aseguro que el rato de con-

versación que he tenido con esa... señora me ha divertido mucho y me ha instruído más. Siempre es bueno saber de la vida, de algunas vidas especialmente,... de la tuya por ejemplo.

AGUS. ¿No te había dicho yo todo lo que ella pudiera decirte?

ANA M. Mucho más, pero todo consiste en el acento... Ya ves, contándome ella lo mismo que tú, me ha resultado la historia distinta, y siento de veras todo el aire de drama que habíamos puesto (Con desprecio.) en el sainete, por tu culpa, hay que confesarlo.

AGUS. ¿Por mi culpa?

ANA M. Tú llegaste aquí poco menos que chorreando sangre. Creo que hasta lloré, ¡tonta de mí!, escuchando el relato de tus desventuras. La dama era un fiero basilisco, una mujer fatal. Naturalmente, esta tarde me he desilusionado un poco. ¡No es tan fiero el león como le pintan, ni hace falta tanto para rendir á un hombre! Tu bailarina es una señora bastante agradable, pero también bastante vulgar, que se ríe como una mortal cualquiera, y en la cual ni mirando con catalejo se descubren esos abismos que según tú decías...

AGUS. (Lamentablemente.) ¿Dónde vas á parar?

ANA M. A decirte que cuando la vi comprendí lo poco que me habías querido nunca.

AGUS. (Sincero, y sin darse cuenta de lo que dice.) ¿Que no te quiero?

ANA M. (Sin hacerle caso.) Por lo poco que se necesitó para que me olvidases. (Mirándole con lástima desdenosa.) ¡Ja, ja, ja!

AGUS. ¿Te ríes de mí?

ANA M. De la humanidad, si te ofende menos. No quiero figurarme la escenita con la buena señora. Tiene gracia que yo, creyendo á pies juntillas en tus lamentaciones, me empeñase en no dejarla entrar.

AGUS. (Lamentablemente.) ¿Por qué la dejaste?

ANA M. Porque comprendí de repente que no llegaban mis derechos de consoladora hasta poder privarte de las dulzuras de la reconciliación.

- AGUS. ¡Ana Marial
- ANA M. (Secamente.) Por segunda vez y á sabiendas has elegido tu camino. Sin duda te conviene cuando así te atrae. ¡Ojalá seas muy feliz en él. Hemos terminado. ¿Te vas? Ya he avisado á Manuela para que preparen el coche. No te apures por lo que hay que decir á la abuela: yo se lo explicaré. Adiós y buena suerte. (Da media vuelta y se dirige al jardín.)
- AGUS. (Con desesperación cuando ella va á salir.) ¡Ana María! (Ella vuelve la cabeza.) ¡Ana María! (Como quien se tira á un pozo) ¡No me dejes marchar! (Deteniéndose.) ¿Eh?
- ANA M. (Acercándose á ella y cogiéndole las manos.) ¡No me dejes marchar!
- AGUS. ¿Yo?
- ANA M. ¡Sí, tú!
- AGUS. ¿En qué quedamos?
- ANA M. Sí: te he ofendido y mucho más de lo que tú puedas figurarte; sí he prometido que me marcho mañana, lo he jurado... me esperan, es decir... ni siquiera sé si me esperan, pero detenme tú, no me dejes marchar, defiendeme, porque si tú no me detienes me voy á la tristeza, al fracaso, al envilecimiento de todas las horas del día, me voy con ella ¡porque no sé estar solo! pero te juro que me da terror; tú no sabes la vida que me espera, la que siempre hemos llevado juntos... (Levantándose un mechón del pelo de la frente.) Mira, ¿ves esta cicatriz? Pues es el símbolo de todo nuestro amor. (Con sarcasmo.)
- ANA M. (Con un poco de temblor nervioso.) ¿Te has batido por ella?
- AGUS. (Con desesperación cómica.) ¡Nos hemos roto en la cabeza toda una vajilla de Sajonia y una cristalería de Venecia... ¡En dos años, Anita!
- ANA M. (Muriéndose de risa.) ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Esta era la tragedia! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Esta es la sima negra, el abismo, la desolación! ¡Tirarse los platos á la cabezal ¡Ja, ja, ja!
- AGUS. Ana María... no te burles de mí... es decir, búrlate, riéte... haz lo que quieras, pero dime que me quede á tu lado.

- ANA M. ¿Yo á ti? ¿Con qué derecho?
AGUS. ¡Con todos los derechos!
ANA M. ¿Quién me los da?
AGUS. El cariño que te tengo, Anita; sí, el cariño, el amor; porque á pesar de todo, y aunque tú no lo quieras creer, te quiero, te quiero más que á nadie, ¡á nadie más que á ti!
- ANA M. ¡Calla, calla!
AGUS. ¿Te ofendes?
ANA M. ¿Te asombras? (Con ira y tristeza.) ¡Me quieres! ¡Y me lo dices hoy, esta tarde, después de lo que acaba de pasar! ¿No te basta la comedia ridícula y triste que por amor á esta pobre vieja estoy representando? ¿No te basta verme reir sin gana? Necesitas que lllore de veras otra vez por tu amor. ¡Por tu amor! La novia abandonada, escarnecida, conquistada otra vez en seis semanas, para poderse dar el gusto de volverla otra vez á traicionar. ¡Qué gloria! ¿verdad? ¡Qué hazaña para celebrarla con cuatro amigotes de café y cuatro danzantes! (Le falta la voz.)
- AGUS. ¡Ana María!
ANA M. Sí, en cuanto dieras dos pasos por el mundo. Ya lo has visto hoy mismo, en media hora, por cuatro palabras, á mi lado, en mi casa ¡y queriéndome! ¡Queriéndome!
- AGUS. Sí, (Apasionadamente.) con toda mi alma, como antes, como siempre, más que nunca ¡y también de otro modo! ¿Te pediría que me defendieses si no fuera verdad? ¡Te quiero! Eres otra mujer siendo la misma, pero otra, más bonita, sí, mucho más bonita y más buena que antes, y más ¡no sé! ¡más mía! Antes... yo te he querido mucho siempre, pero con alegría, ¿te acuerdas? como un chiquillo loco que no sabe el valor de lo que tiene, pero ahora... ¡ahora te quiero con pena, con angustia, con esperanza, como si mi destino estuviese en tus manos, como si sólo tú supieras el secreto de mi suerte! Te quiero con ternura, con respeto, con ansia de tenerte, con celos, con deseo, con fiebre...
- ANA M. (Fríamente.) ¡Como á tu danzante...!
AGUS. (Con pasión.) Sí, como á ella, como á ti, como á todas las mujeres, porque tú lo eres todo

para mí. (Ana María un poco temblorosa se aparta y va á apoyarse en una de las columnas mirando al jardín.) Ana María ¿no me dices nada? (Ana María se esfuerza por serenarse, y lo logra.) Ana María... ¿qué piensas?

ANA M. ¿Tanto amor en tan pocas semanas?

AGUS. (Apasionadamente.) ¡En toda la vida, no seas cruel! ¿Tú crees que es posible vivir á tu lado sin estar de rodillas delante de ti?

ANA M. ¡Qué oscuro se pone! ¡A ver si es verdad que tenemos tormenta! Mira, al otro lado del valle se ve llover. (Agustín da media vuelta con pena rabiosa.) ¿Qué te pasa? ¿Te enfadas conmigo?

AGUS. ¡Ana María!

ANA M. Dices que me quieres, y yo soy tan tonta que... casi te aseguro... que quisiera creerlo, pero, después de todo lo pasado, ¿quién me responde de que sea verdad?

AGUS. Precisamente todo lo pasado. Te aseguro.. es ridículo... pero te juro que es la pura verdad. Mientras ha estado aquí ¡no te rías! he estado deseando, sin querer desearlo, que vinieras tú, sí, te he estado llamando con toda mi alma, rezándote, pidiéndote que no me abandonararas...

ANA M. Calla, calla.

AGUS. ¿Por qué no has venido? Por qué no has dicho: ¡Este hombre es mío, mío!

ANA M. ¡No digas eso!

AGUS. ¡Por qué, si es la verdad!

ANA M. ¡Ay de mí! (Mirándole con severidad cariñosa.) Señor artista insigne, es usted un niño de la escuela, una calamidad, un mamarracho: pérfido como el agua, frágil como el cristal... (se ríe.) de Venecia, traído y llevado á todos los vientos por los primeros ojos de mujer que se le ponen á usted delante, inconstante, embustero...

AGUS. ¡Eso no!

ANA M. (sin hacer caso de la interrupción.) Pero consuélate, que á todo hay quien gane; aun existe en la tierra otro ser humano más frágil y más débil que tú: yo, que conociéndote como te conozco, y sabiendo todo lo que sé, tengo la chifladura de quererte.

AGUS. Ana María... tú...

ANA M. Sí, yo. ¿Te asombra? Más me asombra á mí, pero, hijo, ¿qué le vamos á hacer? ¡Resignarse!

AGUS. ¡Ana María... eres un ángel!

ANA M. Ya lo sé. ¿No se te ocurre algo un poco más nuevo que decirme?

AGUS. Pero ¿podrás quererme de verdad, de verdad, ahora que tan bien sabes lo poco que valgo?

ANA M. (Grave y dulcemente.) Hijo, las mujeres no podemos vencer esta compasión pícara, que hace que cuando el ídolo se nos cae del altar le recojamos en los brazos... como á un hijo! (Abre los brazos y Agustín se precipita en ellos. Se abrazan larga y emocionadamente.)

AGUS. (Abrazándola.) ¡Mi vida!

ANA M. (Entre sonrisa y llanto.) De eso abusais vosotros. (Entra JUAN con una maleta en cada mano.)

JUAN Las maletas, señorita.

ANA M. (Sin separarse de Agustín á quien coge de la mano.) Lléveselas usted, no corren prisa; aun tengo yo que preparar las mías. (Sonríe á Agustín Juan vuelve á salir.—Telón muy rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

